

# LA CRIMINALIZACIÓN DE LA POBREZA.

---

LA CARA OCULTA DE LA DOCTRINA  
NEOLIBERAL.

FRANCESC BAENA GARCIA  
UNIVERSITAT OBERTA DE CATALUNYA

TRABAJO DE FINAL DE GRADO EN EDUCACIÓN SOCIAL. CURSO 2016/2017.  
TUTOR: JORDI SOLÉ BLANCH.

“El desequilibrio entre los ricos y los pobres es la más antigua  
y la más fatal de las enfermedades de las repúblicas”  
Plutarco, 46- 120 d. c.

“Si en la escuela no haces nada, vas a ir a la fábrica’. Eso nos decían.  
¿Por qué íbamos a la fábrica? Porque sabíamos que tomaban gente  
prácticamente todos los años, entraban trescientas o  
cuatrocientas personas. No era un problema. Pero ahora  
los padres ya no pueden decir: “Vas a ir a la fábrica”.  
No hay más fábricas”.

Ex obrero, 1993, en “*La miseria del mundo*” de Pierre Bourdieu (Coord.).

“The greatest trick the devil ever pulled  
Was convincing the world he didn’t exist.”

Keyser Socé a *The Usual Suspects*.

## LA CRIMINALIZACIÓN DE LA POBREZA. LA CARA OCULTA DE LA DOCTRINA NEOLIBERAL.

**Resumen.** Los índices de desigualdad siguen alcanzando cifras de récord. Criminalizar a las clases bajas hace más fácil justificar estos niveles de crecimiento de la desigualdad. El papel de los medios de comunicación resulta clave para entender cómo se han instalado en la opinión pública ciertos prejuicios y estigmas. Desde el poder establecido se promueve la idea de que la desigualdad es racional, ya que se trataría simplemente de una expresión de las diferencias de talento y habilidades. La figura del Estado se reconstruye con una expansión penal sin precedentes para sostener un proyecto político: el neoliberalismo. La severidad penal se presenta como una necesidad saludable. El proceso es perverso: primero la precarización del mundo laboral en beneficio de las grandes empresas y la disminución de las ayudas sociales provocan un empobrecimiento general entre las clases más bajas, a continuación la angustia llega a las clases medias y éstas, entonces, exigen al Estado todavía más austeridad y mano dura para con los pobres y las minorías. La miseria de los programas asistenciales y el esplendor de las cárceles son las dos caras de la misma moneda.

**Palabras clave:** Desigualdad, pobreza, criminalización, neoliberalismo, cárcel.

**Abstract.** The inequality marks are reaching figures of record. Criminalizing the low classes makes it easier to justify this growth of the inequality levels. The role of the media is crucial to understand the way some prejudices and stigmas have fitted into the public opinion. From the established power is promoted the idea that inequality is something rational, since it would be just an expression of differences of talent and skills. The State symbol is rebuilt through a penal expansion with no precedents to sustain a political project: Neoliberalism. The penal severity is presented as a healthy requirement. It is a perverse process: the job insecurity that benefits big companies, and the decrease of social welfare cause a general impoverishment among the lowest classes, then the anxiety reaches the middle classes, and these demand to the State even more austerity and to be tougher on the poor and the minorities. The misfortune of the care plans and the splendor of the prisons are two sides of the same coin.

**Key words:** Inequality, poverty, criminalization, Neoliberalism, prison.

### Introducción

Existe un curioso experimento que cualquier buen aficionado al *rock and roll* puede llevar a cabo. Pregúntesele a cualquier persona si conoce un famoso grupo de rock

norteamericano llamado *Creedence Clearwater Revival*, considerado uno de los mejores de la historia de la música popular. En la mayoría de los casos responderán que ni siquiera les suena el nombre, cosa bastante comprensible, dado lo extravagante de semejante denominación. En cambio, cuando a ese mismo interlocutor se le tararea alguna de las melodías compuestas por dicho grupo, o se le invita a oír en cualquier dispositivo alguna de sus numerosas y conocidísimas canciones, la reacción es siempre la misma: “¡ah sí, claro hombre!” Efectivamente, todos hemos bailado alguna vez al son de “*Bad Moon Rising*”, “*Proud Mary*”, “*Fortunate Son*” y “*Midnight Special*”; o hemos oído versionadas en multitud de films, series y anuncios publicitarios las inolvidables notas de “*Who’ll Stop The Rain*”, “*Lodi*” o “*Have You ever Seen The Rain?*”, aunque la mayoría de personas no relacionen estos temas con aquella maravillosa banda californiana liderada por John Fogerty. Pues bien, con el neoliberalismo sucede algo parecido. Aunque casi nadie, cogido al azar, sepa definir la palabreja, casi todos estamos danzando al son de la “Precarización Laboral”, la “Desregulación Financiera”, la “Globalización y la Austeridad”, los “Desahucios Exprés” o la “Deslocalización de Fábricas”. No nos engañemos, aunque en ciertos ámbitos el concepto es de enorme actualidad y motivo de sesudos análisis, una gran parte de la sociedad no relaciona directamente el neoliberalismo con las desastrosas consecuencias que ha tenido para la mayoría, destacando como desapercibido el triste blues de la “Criminalización de la Pobreza”, trágica melodía que intentará solfear este ensayo.

Cuando en 2008, tras el desplome de *Lehman Brothers* y la agencia AIG, las grietas que amenazaban de reventar el sistema socioeconómico todavía vigente se hicieron evidentes a ojos de todos y estalló la crisis más importante desde el crack bursátil de 1929, algunos creímos que cambiaría la visión global sobre muchas ideas establecidas en relación a los estratos sociales, los poderes financieros, la sumisión de los Estados a la razón económica, las desigualdades cada vez mayores, etc. Por un tiempo creímos que había llegado la hora de presenciar un gran cambio social (como parecían presagiar fenómenos como las primaveras árabes y el 15 M). En definitiva, se podía esperar que la percepción de las injusticias sociales cambiara. Desgraciadamente parece que no ha sido así. El argumentario de las élites que han facilitado el *statu quo* actual sigue siendo todo un éxito.

Desde el inicio de la crisis y ante la obligación de nuestros representantes políticos de tomar decisiones para afrontarla, resulta fácil recordar frases de este estilo: “hacemos lo que es de sentido común”, “estamos obligados a tomar decisiones duras”, “hay que apretarse el cinturón”, “no podemos hacer otra cosa”, “la realidad es la que impone estas medidas”, “no hay alternativa”, “vivimos por encima de nuestras posibilidades”, etc. Se trata de frases escuchadas en boca de muchos altos cargos, líderes de opinión, economistas de supuesta credibilidad, etc. Apoyándose en el dominio de los principales medios de comunicación privados, sumado al ya acostumbrado sesgo cada vez más descarado de los medios públicos, el *establishment* ha podido imponer su

discurso de manera avasalladora, evidente, incontestable; instalándose en la mayoría de individuos la firme convicción de que la actual situación social, profundamente modelada por una doctrina económica concreta, es la única opción viable, posible y razonable.

El neoliberalismo se ha convertido en un fenómeno natural que está consiguiendo, entre otras mezquindades, fomentar la creencia de que la pobreza es un hecho la responsabilidad del cual recae sobre aquellos que la padecen, es decir, la pobreza es un asunto individual, no social. Como explica el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz en *“El precio de la desigualdad”*, acerca de los marcos cognitivos, en gran medida “la fuerza de las categorías construidas socialmente deriva de que no parecen el resultado de una construcción social. La gente que ha sido colocada en distintas categorías acaba actuando de una forma diferente y, por consiguiente, parece intrínsecamente distinta” (2012: 194).

La demonización de los sospechosos portadores de la miseria ha llegado tan lejos en el seno de la sociedad que, en gran medida, se les continúa responsabilizando no sólo de su propia situación, sino también de muchos de los males que nos afectan a todos. De este modo, muchos de los individuos que con sus decisiones en importantes instituciones influyen significativamente en los índices de pobreza y desigualdad, se ven legitimados y libres para seguir imponiendo con total impunidad las mismas políticas que nos han llevado a la situación actual. Es necesario destacar que, en muchos casos, los individuos que provocaron el estallido de la crisis se han visto favorecidos económicamente por la misma, y siguen ocupando altos cargos con poder de decisión, tal y como pudimos ver en el film *“Inside Job”*, de Charles Ferguson, galardonado con el Oscar al mejor documental en 2010. Esta obra refleja de manera magistral, enfrentando a sus nefastos protagonistas a la cámara, el gran montaje tejido entre banqueros, políticos, agencias calificadoras y, de manera más sutil pero con un papel estratégicamente esencial, profesores universitarios del ámbito de las ciencias económicas que otorgaron (y lo continúan haciendo) un supuesto fundamento científico al desarrollo de las doctrinas neoliberales. Al fin y al cabo, siguiendo a Stiglitz, “los de arriba han aprendido cómo succionarle el dinero a los demás con unos métodos de los que los demás apenas son conscientes; esa es su auténtica innovación” (2012: 68).

En este escenario no es difícil entender por qué perversiones del sistema como el aislamiento de la miseria y el encierro o alienación de cada vez más personas ya sea por procedimientos penales o supuestamente médicos, continúan desarrollándose y ampliándose en nuestro tiempo, sin que ni siquiera muchos seamos conscientes de ello. La criminalización de la pobreza es una realidad cada día más generalizada. Este ensayo pretende mostrar cómo este fenómeno, que responde a los intereses de la doctrina neoliberal hegemónica, se (re)produce y se alimenta cada día.

Se puede argumentar que el fenómeno no es nuevo o que, incluso, es intrínseco a la naturaleza humana, pero hoy día se observa una tendencia al alza, promovida por ciertos intereses, a culpar a las víctimas, es decir, a los pobres, de su situación. Se les responsabiliza de su propia desgracia. Si eres pobre, es culpa tuya, es por tu elección, o eres un inútil que no ha sabido aprovechar y disfrutar de las supuestas ventajas que la era de las nuevas tecnologías y la enésima revolución industrial ha puesto al alcance de todos. Con la hegemonía del pensamiento liberal, se tienden a dejar de lado las desigualdades de origen y las razones históricas, sociales, económicas o culturales que necesariamente determinan cada caso. Esta manera de entender la nueva coyuntura social se está generalizando y se muestra tan evidente que ya hay quien habla de un nuevo fenómeno social: la aporofobia. Odio, asco, miedo al pobre. Como explica la filósofa Adela Cortina:

“(…) Es, ciertamente, una expresión que no existe en otras lenguas, e ignoro si es la mejor forma de construirla. Pero lo indudable es que la repugnancia ante el pobre, ante el desamparado, tiene una fuerza en la vida social que todavía es mayor precisamente porque actúa desde un deleznable anonimato. (...) Y, sin embargo, ése es el que molesta, es la fobia hacia el pobre la que lleva a rechazar a las personas, razas y etnias habitualmente sin recursos. No repugnan los árabes de la Costa del Sol, ni los alemanes y británicos dueños ya de la mitad del Mediterráneo; tampoco los gitanos enrolados en una tranquilizadora forma de vida paya, ni los niños extranjeros adoptados por padres deseosos de un hijo que no puede ser biológico. No repugnan, afortunadamente y por muchos años, porque el odio al de otra raza o al de otra etnia, por serlo, no sólo demuestra una innegable falta de sensibilidad moral, sino una igualmente palmaria estupidez. Sólo los imbéciles se permiten el lujo de profesar este tipo de odios. Sin embargo, sí que son objeto de casi universal rechazo los gitanos apegados a su forma de vida tradicional, tan alejada de ese febril afán de producir riqueza que nos consume; los inmigrantes del norte de África, que no tienen que perder más que sus cadenas; los inmigrantes de la Europa Central y del Este, dueños, más o menos, de la misma riqueza; siguiendo en la lista los latinoamericanos escasos de recursos. El problema no es de raza ni de extranjería: es de pobreza. Por eso hay algunos racistas y xenófobos, pero aporófobos, casi todos.”<sup>1</sup>

En la coyuntura actual de precariedad generalizada todos podemos caer en la pegajosa red de la aporofobia. En pocos años, hemos pasado de la compasión cristiana al odio y temor al pobre. Una de las consecuencias de este fenómeno son las agresiones a que se ven sometidas las personas sin hogar, que han de pernoctar por las calles o en albergues, el número de las cuales no ha dejado de aumentar. Existen casos muy mediáticos y evidentes, como el de R. E., una mujer de 51 años que murió en

---

<sup>1</sup> Fragmento de un artículo escrito por Adela Cortina y publicado en el diario El País el 7 de marzo de 2000. Se puede consultar en línea en:

[http://elpais.com/diario/2000/03/07/opinion/952383603\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2000/03/07/opinion/952383603_850215.html) [fecha de consulta: 02/11/2016]

Barcelona el 16 de diciembre de 2005 cuando dormía en un cajero, víctima de tres jóvenes que la quemaron viva<sup>2</sup>.

Pero este fenómeno se (re)produce, a menudo, del modo más sutil. No es exclusivo de individuos manifiestamente intolerantes o racistas sino que se da también entre personas que podríamos definir como razonables, sensibles, independientemente de sus estudios y de si defienden o no valores progresistas. Efectivamente, ¿quién no ha experimentado en algún momento una situación parecida a la siguiente?:

Reunión de amigos de mediana edad. Parejas con hijos pequeños comentando las inevitables enfermedades víricas que se transmiten los niños en las guarderías o los colegios y que después contagian a los adultos. Uno de los padres afirma: “Claro, como ahora han venido tantos inmigrantes que vuelven a traer enfermedades que aquí ya habían desaparecido...” Reacción: “¿Quieres decir que esto también es culpa de los inmigrantes?”. Respuesta: “¡Y tanto, hombre! ¿Que no sabes que ha vuelto el sarampión y la tuberculosis?”. El argumento se da por bueno, la minoría queda etiquetada (de nuevo) y la conversación gira hacia otras cuestiones. Pero la verdad es que los niños de los que estamos hablando solo padecen resfriados comunes, gastroenteritis, varicela o anginas, es decir, las enfermedades que todos padecemos en su momento. No importa que ninguno de estos niños se infecte de malaria o fiebres tifoideas. De hecho, ni la tuberculosis ni el sarampión han sido nunca erradicadas en nuestro país (la que más cerca estuvo de serlo, el sarampión, resurgió con fuerza en España en 2006 a partir de adolescentes de familias que rechazan las vacunas, según varios informes especializados<sup>3</sup>).

Zygmunt Bauman y Leónidas Donskis dedican todo un ensayo (2015) a analizar la pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida, mostrando cómo el mal no se limita a las guerras o a las circunstancias en que las personas actúan bajo una presión extrema, sino que se revela con más frecuencia en la cotidiana insensibilidad al sufrimiento de los demás, en la incapacidad o el rechazo a comprenderlos y en el eventual desplazamiento de la propia mirada ética. Creemos que “el mal” no vive en nosotros, que es algo ajeno que reside en territorios hostiles y que amenaza a toda la humanidad bajo una forma demoníaca. Se trata de un autoengaño alentado históricamente por las religiones y las mitologías. Como señalan estos autores, en la actualidad nos seguimos negando a buscar el mal en nosotros mismos “porque es extremadamente difícil y anula completamente la lógica cotidiana de una persona ordinaria” (2015: 16). Por nuestra estabilidad emocional, acudimos a estereotipos y conjeturas cuando no disponemos de respuestas rápidas y claras a las preguntas que nos revuelven o atormentan. Bauman nos habla “acerca del infierno que un ser humano completamente normal y aparentemente amable, buen vecino y hombre de

---

<sup>2</sup> Se pueden consultar en línea decenas de páginas web que hablan de este caso, que hizo correr ríos de tinta. Esta es una de ellas: <http://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20151215/30834368868/10-anos-asesinato-maria-rosario-endrinal-quemada-cajero.html> [fecha de consulta: 19/12/2016]

<sup>3</sup> [http://elpais.com/diario/2011/05/14/espana/1305324030\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2011/05/14/espana/1305324030_850215.html) [fecha de consulta: 11/11/2016]

familia, crea para el Otro al negarse a concederle su individualidad, misterio, dignidad y un lenguaje sensitivo” (Ídem: 18).

El presente trabajo pretende profundizar en todas estas cuestiones. El objetivo es analizar el fenómeno de la criminalización de la pobreza y el importante papel del Estado en relación a ella, con el objetivo de tomar conciencia de las dinámicas globales a las que debemos hacer frente los trabajadores del campo social, esa mano izquierda del Estado -tal y como la denominaba Bourdieu- en franco retroceso frente a las políticas securitarias y punitivas que han declarado la guerra a la sociedad.

### **Desigualdades sociales: “El arte de ignorar a los pobres”<sup>4</sup>.**

“*En busca de la felicidad*” es una película basada en hechos reales y estrenada en el año 2006, en la que Will Smith interpreta a Chris Gardner, un hombre desesperado por los graves problemas económicos que le acechan. Las facturas se acumulan, su mujer lo abandona, y el protagonista se encuentra de repente en una difícil situación, con un trabajo precario, al cuidado de un hijo pequeño. Mas un “afortunado” día observa como salen del edificio de la Bolsa, varios immaculados ejecutivos sonrientes, lo que hace pensar a Gardner: “qué felices se les ve, ¿por qué no puedo ser como ellos?”. El protagonista se propone entonces convertirse en bróker y finalmente, tras mucho esfuerzo y dedicación, consigue su objetivo. El film es todo un ejemplo de manipulación que pretende mostrar que “el sueño americano” está al alcance de los que se lo proponen, de los más aptos, de los que se esfuerzan, de los que se lo merecen. Al protagonista se le oye decir lo listo que era de pequeño y la memoria superdotada que poseía. Por otro lado, la imagen que se proyecta de la pobreza es como la de una lacra, una indignidad: los pobres son locos desgraciados, hippies ladrones, se cuelan y discuten en las largas filas de los centros caritativos y los albergues...

Apenas un año después del estreno de la película, con el estallido de la crisis económica, quedó patente que los individuos trajeados y felices del film eran en gran medida los causantes de la miseria, es decir, que Will Smith interpretaba a una persona que salía de la pobreza para ir a engrosar el selecto grupo de los que la creaban. Esto no impide que todavía circulen *memes* por las redes sociales con frases e imágenes con un supuesto mensaje positivo sacadas del film que, por cierto, obtuvo una nominación a los Oscar y dos más en los Globos de Oro, y conserva unas espléndidas y sonrojantes notas de 8 y 7,5 en las webs *Imbd* y *Filmaffinity* respectivamente.

---

<sup>4</sup> Tomado del artículo de John Kenneth Galbraith de 2005: “El arte de ignorar a los pobres”, al que cito alguna vez más en este punto. Publicado en Edición Cono Sur, nº 76, p. 17,18.



Esta película no sólo refleja a la perfección cómo funciona una cruel sociedad meritocrática, sino que supone también un auténtico ejercicio de violencia simbólica. Pierre Bourdieu definió este concepto al referirse a la capacidad que tienen aquellos que se encuentran en una posición dominante para imponer sus producciones culturales y simbólicas en la reproducción de las relaciones sociales de dominación. La clase hegemónica se perpetúa en el campo económico, pero se legitima en el campo cultural. La violencia simbólica arranca sumisiones que ni siquiera se perciben como tales, apoyándose en unas expectativas colectivas, unas creencias socialmente inculcadas (Bourdieu, 1999: 173). La industria de Hollywood es una de las más grandes fábricas de producción simbólica ajustada al sistema de valores acorde con los principios capitalistas.

### **El mito de la igualdad de oportunidades.**

Como explica Vicenç Navarro, parece evidente que las personas que poseen más riqueza ejercen una influencia, por no decir control, en la sociedad y en las formas de gobierno, promoviendo ciertas ideologías que cohesionan y defienden sus intereses, presentándolas como las únicas aceptables o respetables, y el desarrollo de ciertas políticas como las únicas posibles (2015: 131). La sociedad neoliberal defiende sutilmente que aquellos que tienen más, es porque se lo han trabajado, porque son más aptos, porque se lo merecen. Como dice el eslogan: *“because I’m worth it”*. Los estadounidenses, por ejemplo, siguen creyendo en el mito de la igualdad de oportunidades, aunque los datos demuestren lo contrario, como denuncia Stiglitz, quien demuestra en su obra cómo la desigualdad ha aumentado de manera alarmante en el nuevo milenio y las consecuencias que se derivan:

“Aunque las desigualdades en los ingresos y el nivel de estudios de los padres se traducen directamente en desigualdades en las oportunidades para la educación de los hijos, la desigualdad de oportunidades empieza incluso antes de la escolarización (en las condiciones que tienen que afrontar los pobres inmediatamente antes y después del nacimiento, en las diferencias en la alimentación y en la exposición a agentes contaminantes medioambientales que pueden tener efectos para toda la vida). A los que nacen en la pobreza les resulta tan difícil huir de ella que los economistas se refieren a esa situación con el término “trampa de la pobreza” ” (2012: 57).

Stiglitz apunta que gran parte de estas desigualdades son consecuencia de las políticas del gobierno, “tanto por lo que hace el gobierno, como por lo que no hace” (Ídem: 65). Zygmunt Bauman, en su ensayo *“¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?”*, rompe algunos importantes mitos, como el del mismo título. El sociólogo apunta un estudio de 1979 que ya concluía entonces que “el futuro de un niño estaba claramente determinado por sus circunstancias sociales, por su lugar geográfico de nacimiento y por la situación social de sus padres, y no por su propio cerebro, su talento, sus esfuerzos ni su dedicación”(2014: 22). Aún así, en muchos sentidos, seguimos

instalados en una coyuntura configurada por una falsa apariencia de justicia social, ya que no se tienen en cuenta estas desigualdades heredadas (recursos culturales, riqueza, contactos, etc.) y la gran importancia que estas tienen. De este modo, se legitima un *statu quo* que favorece a aquellos que ya están en las capas más altas de la sociedad, anulando o amortiguando posibles cambios. En esta situación, cuando asistimos a un momento de crisis más evidente y alarmante o cuando somos testigos del deterioro de la calidad de vida de amplias capas de la población, a los más afectados les resulta muy difícil poder situar exactamente al responsable del empeoramiento. Resulta harto complicado señalar a personas o instituciones concretas acusándolas explícitamente y a las que pedir explicaciones y reclamar responsabilidades. Cuando los medios hablan de “crisis financiera”, “desajustes entre la oferta y la demanda”, “caídas de las bolsas” o “fluctuaciones del capital”, la sociedad ya ha interiorizado que son cosas de las inmutables reglas del juego, aun cuando lleguen a tener consecuencias terroríficas para algunos: “así son las cosas”, “qué le vamos a hacer”, etc. Lo cierto es que gran parte del sufrimiento al que estamos asistiendo es consecuencia directa de ciertas medidas económicas y sociales tomadas por personas concretas, con nombre y apellidos, legitimadas por nuestro sistema democrático y al mando de las más altas instituciones.

En plena época de las nuevas tecnologías y la (in)comunicación, asistimos a una versión endemoniada de la fábula de la hormiga y la cigarra adaptada al siglo XXI; con una renovada y perversa estratificación de clases, basada en una sociedad cruelmente meritocrática y con un funcionamiento fraudulento, sin apenas líderes en las clases más bajas, ya que han sido seleccionados y captados por el sistema educativo para trabajar en beneficio de las élites del lugar, como Will Smith, “en busca de la felicidad”. Estamos inmersos en un sistema global que no sólo criminaliza, aparta u olvida a los más pobres, sino que además permite u obvia, en ocasiones, que se les despoje de parte de los pocos recursos de los que disponen. En palabras de Stiglitz:

(...) “la forma de búsquedas de rentas más atroz (y que se ha perfeccionado muchísimo en los últimos años) ha sido la capacidad de los responsables del sector financiero de aprovecharse de los pobres y de la gente desinformada, ya que han ganado ingentes sumas de dinero depredando a esos grupos con créditos usuarios y prácticas abusivas con las tarjetas de crédito (...) un mínimo sentido de la justicia social debería haber inducido al gobierno a prohibir ese tipo de actividades” (2012: 73).

Stiglitz explica de qué manera la globalización ha perjudicado sobre todo a los más pobres, “debido a que induce a cortar el gasto social y la fiscalidad progresiva”, contribuyendo a la creciente desigualdad (Ídem: 100).

### **Justificando la miseria. Nacimiento, acoso y derribo del pacto social.**

En el artículo de John Kenneth Galbraith citado más arriba, vemos como “la compasión por los pobres ostentada en casos puntuales encubre apenas el hecho de que en todos los tiempos se ha tratado de justificar la miseria y de atacar toda política seria dirigida a erradicarla, culpabilizando incluso a las víctimas”. Este economista argumentaba que “la justificación de la buena fortuna de unos frente a la mala fortuna de otros” ha sido una preocupación intelectual en todas las épocas, dados los problemas resultantes del desequilibrio entre la opulencia de algunos y la pobreza de muchos. Galbraith apunta que en la primera mitad del siglo XIX, Malthus propuso la fórmula que en parte aún perdura para eliminar la pobreza de la conciencia pública: si los pobres son pobres, es culpa suya, se debe a su excesiva fecundidad, y por lo tanto los ricos no son responsables. Poco más tarde, el darwinismo social fue un paso más allá y propuso, con gran éxito durante un tiempo, que la eliminación de los pobres, en el contexto de la evolución de las especies, era la manera natural de mejora de la raza: la calidad de la especie humana salía reforzada con la desaparición de los débiles y los desheredados. El nazismo aplicó con entusiasmo estas ideas siniestras.

A principios del siglo XX, en Estados Unidos las ideas liberales dominantes negaban la ayuda a los pobres argumentando que ello significaba un obstáculo para el funcionamiento eficaz de la economía, una idea que también hoy, como apuntara Galbraith, mantiene su vigencia como una de las maneras de mantener fuera de la conciencia a los más pobres: debemos ser austeros. Pero no siempre fue así. Tras la Segunda Guerra Mundial, con la constatación del caos existente y el miedo al comunismo que avanzaba por el Este, en Occidente se llega al llamado pacto social, que supuso un aumento de los salarios, un aumento de los impuestos a la acumulación de capital y el desarrollo del Estado del Bienestar, que buscaba proporcionar una educación y sanidad públicas a toda la población. Como apunta Navarro (2015: 17), es el periodo conocido como “época dorada del capitalismo”, de 1945 a 1979.

En la década de los 80, con la llegada al gobierno de Margaret Thatcher en Reino Unido y Ronald Reagan en EEUU, empieza a romperse este pacto social, con el nuevo abrazo de los gobiernos de cada vez más Estados a la economía liberal, desarrollada de manera cada vez más agresiva, lo que pasó a definirse como neoliberalismo. Como explica Stiglitz (2012: 108), “justo cuando los mercados empezaban a producir unos resultados más desiguales, la política tributaria le pedía un menor esfuerzo a los de arriba”. Los más ricos vieron como el tipo impositivo marginal, que habían llegado a pagar hasta al 90%, se les redujo al 28% con Reagan, con la excusa que ello significaría un incentivo que traería más empleo y más ahorro, recurrente falacia que sigue en boga en la actualidad, cuando los llamados “súper ricos” siguen pagando muchos menos impuestos que en décadas anteriores a los años 80, no solamente porque así lo han legitimado los poderes gubernamentales, sino también gracias al desarrollo de mecanismos criminales de ingeniería fiscal y evasión de capitales a paraísos fiscales. Otros de los economistas más famosos que estudian la desigualdad en la actualidad,

como Paul Krugman, Thomas Piketty o Emmanuel Sáez, también acusan a la progresiva disminución de los impuestos a los más ricos promovida por la revolución neoliberal de ser una de las causas principales del aumento de la desigualdad en el mundo. En definitiva, como dice Stiglitz, las “reglas del juego” ayudan a crear la riqueza de “los de arriba” y contribuyen a la miseria de “los de abajo” (2012: 114).

Por supuesto, tal y como apunta Galbraith, este régimen que controla los resortes de la economía a escala global sigue necesitando ciertos métodos para mantener a los pobres fuera de la conciencia y responsabilidad social, que se aplican de manera combinada: el desprestigio del Estado del Bienestar y sus funcionarios, la idea de que las ayudas públicas destruyen la moral de los que las reciben y representan un desincentivo para trabajar o, como se ha dicho al principio, responsabilizar a los desfavorecidos de su situación.

### **La desigualdad en la modernidad líquida.**

Robert Castel (2001) explicaba que, para poder hablar del problema de la desigualdad, se precisaba de grupos o individuos que ocuparan posiciones comparables entre ellos. Esto que parece obvio no lo es tanto cuando pensamos en un tipo de sociedad feudal o en una organización de castas, donde las personas están inmersas en grupos tan diferentes que son sencillamente incomparables. En los comienzos de la industrialización, por ejemplo, tampoco era fácilmente comparable la vida del patrón con la del proletario, en asuntos tales como los ingresos, la educación, el ocio, etc. Pero, como ya hemos visto, después de la Segunda Guerra Mundial se planteó una transformación del funcionamiento de la estructura social, en lo que Castel llama el paso de la sociedad industrial a la sociedad salarial. No se trata tampoco de una sociedad sin conflictos, pero la conflictividad “se redistribuye en función de diferencias que existen en el seno del salariado, en lugar de cristalizarse alrededor de dos bloques antagónicos” (Castel, 2001: 17). Se comparten prerrogativas como el derecho al trabajo y la protección social, y las distancias entre estratos parecen próximas en lugar de inaccesibles la una a la otra; pero se fomenta la competencia y la distinción: “cada grupo se posiciona a la vez en relación con el estrato inferior para distanciarse, y en relación con el estrato superior, cuyas ventajas se propone apropiarse” (Ídem: 18). Es decir, en la década de los 60, por ejemplo, el problema de la desigualdad es central, pero existe en una mayoría una sensación de optimismo ante la posibilidad de un futuro mejor: “hay, como decía un sindicalista de la época, mucho grano para mover” (Ídem: 18). Se desarticula la radicalidad de los conflictos dado el crédito del ideal socialdemócrata de borrar progresivamente las desigualdades. Castel lo ilustra a la perfección diciendo que es como estar en una escalera mecánica: las desigualdades subsisten pero todos suben. Se podía hablar de una “desigualdad regulada”. Ahora

esto ha cambiado profundamente y hemos pasado a una dinámica desregulada de las desigualdades:

“(…) al lado de la constitución de las desigualdades clásicas, apareció un nuevo tipo de desigualdad, que es la desigualdad ante la precariedad, y esto transforma profundamente el paisaje de las desigualdades. Esta transformación se produce a partir de la desregulación de las nociones de trabajo. Es decir que la gestión regulada de las desigualdades (…) estaba sustentada por relaciones de trabajo estables y de condiciones salariales sólidas” (Ídem: 20).

En los 70, continúa Castel, con los profundos cambios en las relaciones de trabajo, aparecen de forma alarmante dos nuevos riesgos: la precariedad y el desempleo. Cabe destacar, como más determinante en relación al presente trabajo, que estos dos nuevos riesgos, cada vez más generalizados en la sociedad actual, se instalan “en el ser de cada categoría social e introducen una suerte de disparidad entre los pares, lo que arruina toda solidaridad entre categorías” (Ídem: 20). Así pues, tal y como avisara el autor francés, somos testigos de desigualdades profundas entre personas de la misma edad, con el mismo nivel de estudios. Las negociaciones colectivas se debilitan, los individuos se desgajan de sus pertenencias colectivas, se empiezan a imponer las estrategias individuales tanto dentro como fuera del trabajo, etc. En resumen, se impone la lógica de la competencia individual, por encima de la lógica de la solidaridad y pertenencia colectiva. Competencia entre iguales para “ser mejor”, para aumentar la diferencia con el otro. Esto ahora nos parece normal, pero en su momento era totalmente nuevo ya que existía una cohesión fuerte dentro de cada categoría social. Ahora la desigualdad es entre individuos, “entre los ganadores y perdedores de las transformaciones en curso” (Ídem: 21), como si éstas fueran inevitables y no estuvieran socialmente construidas.

Ante esta situación, si somos cada vez más duramente competitivos para con nuestros iguales, ¿cómo no ser cada vez más insolidario, mezquino e incluso despótico con los que están peor? Hoy, percibir a los más pobres como seres extraños, totalmente ajenos a nosotros mismos y respecto de los cuales tenemos poca o ninguna responsabilidad, parece una tendencia evidente.

## **La producción de residuos humanos**

Zygmunt Bauman, por su parte, acusa al llamado “progreso económico” de consistir en una “turbulenta historia de destrucción creativa”. En su obra *“Vidas desperdiciadas”* (2005) explica cómo, a lo largo del siglo XIX, los nuevos sistemas de explotación de las granjas y los campos fueron expulsando a los pequeños propietarios y trabajadores de la tierra hacia las minas y las fábricas, que empezaron a abarrotar el mercado laboral. Unas décadas antes, la maquinaria industrial ya había supuesto la miseria de miles de gremios de artesanos. Posteriormente, los trabajadores de las fábricas y las minas

tampoco se libraron del efecto que las nuevas tecnologías tuvieron en las cada vez más altas cotas de desempleo. La solución tomada por los poderes establecidos fue sencilla: dispersar mediante la migración a las muchedumbres que asediaban las puertas de las empresas buscando ocupación, una solución que parecía obvia ya que entonces no faltaban lugares en el planeta donde poder descargar esos “excedentes”. De tal modo, se evitaban peligrosos conflictos que amenazaban la paz social. En el siglo XIX, por ejemplo, se “limpió de miserables” determinados distritos de París trasladando en masa al “populacho” a Argelia.

Bauman considera que uno de los elementos para entender la modernidad es el concepto de diseño. Todo proceso de diseño genera, por definición, residuos. En el diseño actual de las formas de convivencia humanas, los residuos son seres humanos. En nuestra sociedad, deseosa del orden, la limpieza y la estética; el pobre, el mendigo, el inmigrante, es un residuo. Se trata de “seres fallidos, de cuya ausencia o destrucción la forma diseñada sólo podría resultar beneficiada, tornándose más uniforme, más armoniosa, más segura y, en suma, más en paz consigo misma” (2015: 46). En esta línea, al residuo se le puede fácilmente culpar de casi todos los males: es una fuente de enfermedades, un pozo sin fondo de gasto de recursos públicos, un sospechoso, un delincuente en potencia.

Conviviendo con el residuo, o estando cerca de él, todo lo malo nos puede suceder. Nuestros abuelos nos decían que si ponías una manzana podrida en un canasto con otras en buen estado, pronto se pudrirían todas. Cerca del “podrido” de nuestro barrio, tememos pudrirnos nosotros también. Quizás el excluido, el “sobrante”, molesta porque nos muestra la imagen de lo que no queremos llegar a ser, pero además nos hace intuir, de manera cada vez más intensa en nuestros días, que en esa situación podríamos caer en un futuro no muy lejano.

En la sociedad de consumidores no tienen cabida los consumidores fallidos, incompletos o frustrados. Sobran. Las reglas que durante decenios habían regulado nuestro entorno y nos guiaban en el intento de subir en el ascensor social (como tener un título universitario) ya no son suficientes, los puestos de trabajo se han vuelto volátiles y precarios, la línea divisoria en la jerarquía social se ha trasladado hacia arriba de manera súbita. Todo ello genera ansiedad y deteriora la autoestima y la seguridad en uno mismo. Siguiendo a Bauman:

(...) “diríase que el mundo ha dado otro salto y, sin embargo, la mayoría de sus ocupantes, incapaces de soportar la velocidad, se han caído del vehículo en plena aceleración, mientras que la mayoría de aquellos que aún no habían subido no han conseguido correr hasta alcanzarlo y montarse al vuelo” (2015: 28).

La repetida frase “nuestros hijos vivirán peor que nuestros padres”, es el reflejo del cambio de dinámica, tras una relativamente larga era de sostenida mejora en las condiciones sociales en el mundo occidental. Lo que muchos análisis recientes señalan

y tratan de denunciar es que estas preocupaciones están directamente relacionadas con decisiones tomadas al más alto nivel, que implican el retroceso del papel protector en materia económica que proporcionaba el Estado respecto a la sociedad en general. Estas decisiones potencian la existencia de una desigualdad cada día más grande, que favorece solamente a las rentas más altas y a unas élites cada vez más escogidas y protegidas por el poder; y fomentan la competencia y la lucha por los recursos cada vez más escasos. Nos vemos sumergidos en un contexto propicio para que entre las clases populares aparezca la frustración, la incompreensión, la sospecha y el odio.

Como afirma Bauman (2005), el “progreso” siempre había dejado atrás a los más “incapaces”, “inadaptados”, “desgraciados”, etc. Por supuesto, las generaciones anteriores tenían sus buenas dosis de miseria. La diferencia es que ahora, debido a la globalización y los vertiginosos avances tecnológicos, la masa de los “sobrantes” es espectacular. El sistema ya no nos necesita para funcionar. La locomotora acelera sin necesidad de más personas que lancen leña al motor o aguarden su turno. Bauman retrata magistralmente cómo los mismos ciudadanos sobrantes acaban percibiéndose a sí mismos como superfluos y cómo los demás (la sociedad “organizada”) acabamos tratándoles como gorriones e intrusos, y hasta de tener pretensiones injustificadas, de estafar, de intrigar, de vivir al borde de la criminalidad. En cualquier caso, “de parasitar en el cuerpo social”, de ser un peligro para la sociedad y de amenazar lo que los “buenos ciudadanos” defendemos.

Millones de personas deambulan por los caminos, malviven en campos de refugiados o llegan a ciudades y pueblos donde ya no son bien recibidos, aunque se encuentren en una situación similar a la que experimentaron muchos de nuestros abuelos, expulsados de las zonas rurales que les habían acogido durante generaciones, en busca de la prosperidad que anunciaban los tiempos modernos. Suele ser el camino contrario que, a nivel europeo, tuvieron que realizar aquellos “excedentes” que las fábricas ya no podían integrar, solo que ahora ya no reciben el apoyo de la maquinaria capitalista, “de los ejércitos de conquistadores, comerciantes y misioneros” (Bauman, 2005: 98). Ahora sobran. El número de víctimas de la globalización es impresionante y los diferentes poderes políticos parecen totalmente superados, incapaces de gestionar el escenario.

Ya no hay donde escapar, zonas donde buscar una salida individual a un problema global. No hay colonias a las que emigrar, no hay entramados industriales donde el expropiado pueda “progresar”. El mundo se cierra, el mundo rechaza. Ante este panorama, aquellos “residuos humanos” que se originan en los países desarrollados, se ven marginados en su propio entorno, rechazados por el sistema en su propia ciudad, discriminados en su propio barrio, humillados en su propia casa, si es que la conservan. Además de los dramas individuales en cualquier barrio, se forman inmensos guetos urbanos en la mayoría de las grandes ciudades o entorno a ellas y, a

diferencia de épocas pretéritas no muy lejanas, ya no se trata de grandes reservas de mano de obra barata a las que los capitostes del capitalismo puedan acudir buscando optimización de beneficios; sino que nos encontramos, siguiendo con la terminología de Bauman, ante auténticos vertederos humanos depauperados, sin esperanza, que sufren la indiferencia de los poderes económicos y políticos, cuando no directamente la represión y el castigo. Como iremos viendo, no se trata de un fenómeno exclusivo de países tercermundistas. En Estados Unidos, por ejemplo, “resulta particularmente alarmante que hoy en día casi una cuarta parte de todos los niños viva en la pobreza” (Stiglitz, 2012:55).

La globalización se ha convertido en una fuente inagotable de “*residuos humanos*”, de personas que quedan en los márgenes, sin recursos, sin futuro y que ven, además, cómo el resto de la sociedad los ignora, los odia o los repudia. El discurso político dominante ha pasado, en pocos años, de defender la necesidad de mejorar la situación de los más desfavorecidos, a la necesidad de crear barreras, reales y virtuales, para controlar, marginar o rechazar a millones de personas en su búsqueda de mejores condiciones de vida, en su huida de la desesperación y miseria más absoluta. Ahora bien, la pobreza extrema no aparece porque el sistema funcione mal, sino porque así es como funciona el sistema, generando individuos sobrantes, seres humanos a los que la modernidad ha ido despojando de sus tradicionales modos de vida y subsistencia (Serra, 2014, módulo 3: 9). Día a día, se demuestra que el neoliberalismo no es sostenible: no puede dar respuesta a las necesidades básicas de multitud de personas que el mismo sistema ha puesto en movimiento. La socióloga Saskia Sassen<sup>5</sup> avisa desde hace años que, en este mundo dominado por las finanzas, la nueva modernidad ha experimentado un cambio fundamental: de la lógica de incluir consumidores a la sociedad para continuar con el consumo de masas, se ha pasado a la lógica de la expulsión. Ya no se necesita más gente.

### **“Ciudades miseria”.**

En su elogiado ensayo de 2006, Davis pone de relieve el proceso que explica la hiperdegradación de inmensas ciudades a lo largo y ancho del planeta, aunque en especial en el llamado Tercer Mundo, que han ido expandiéndose a una velocidad nunca antes vista y en las que a principios de este siglo ya se calculaba que (mal)vivían más de mil millones de personas. Ciudades como Kinshasa, Luanda, Jartum, Dar-es-Salaam, Guayaquil o Lima han crecido de forma explosiva, en un fenómeno mundial que se explica por la relación rural/urbano, es decir, la obligada emigración del campo a la ciudad. La sorpresa de los analistas del fenómeno fue comprobar que se

---

<sup>5</sup> Se puede escuchar en línea a Saskia Sassen en [https://www.youtube.com/watch?v=7Dc-2v\\_YJ4](https://www.youtube.com/watch?v=7Dc-2v_YJ4) [fecha de consulta: 10/11/2016]



desarrollaba aun cuando el desempleo urbano, debido a la desindustrialización y el cierre de empresas, no dejaba de crecer, disminuyendo así la capacidad económica de las ciudades, que hasta entonces era el factor tradicional de crecimiento de las mismas. Parte del secreto, explica Davis, se entiende, una vez más, por las políticas de desregulación agrícola y de disciplina financiera impuestas a partir de los años 80 por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que producen el éxodo de la mano de obra rural excedente hacia las zonas urbanas, aunque hayan dejado de ser fuentes de creación de empleo. La desregulación de los mercados nacionales empuja a los productores agrícolas hacia los mercados globales, donde los campesinos pequeños y medianos no pueden competir (Davis, 2007: 27). Las ciudades recogen los frutos de la crisis mundial del medio rural a pesar del estancamiento o de la recesión económica que sufrían, y evidentemente sin realizar las necesarias inversiones en nuevas infraestructuras, en fomento de la educación o en sistemas públicos de salud: “Dicho con otras palabras, el motor de esta “urbanización generalizada” se encuentra en la reproducción de la pobreza y no en la reproducción del empleo. Esta es una de las vías inesperadas por las que un orden neoliberal está encaminando el futuro” (Ídem: 28).

Siguiendo los obligados “ajustes estructurales” demandados por entidades supranacionales (la devaluación de la moneda y el recorte del gasto público) en el planeta se han producido en masa áreas urbanas hiperdegradadas donde las personas se hacían en chabolas autoconstruidas, “divisiones piratas del espacio” o, simplemente, instalándose en las aceras de las calles. Naciones Unidas apunta que durante los últimos años “los mercados del suelo informales o ilegales han sido los principales proveedores de nuevos espacios de alojamiento en la mayoría de las ciudades del Sur Global” (Ídem: 30). Davis denuncia que la mayor parte del mundo urbano del nuevo siglo “se mueve en la miseria, rodeado de contaminación, desechos y podredumbre”, y cifra (en 2006) en mil millones el número de personas que viven en estas zonas urbanas degradadas, ciudadanos que “podrían mirar con envidia las ruinas de las sólidas viviendas de barro de Çatal Hüyük levantadas en Anatolia en el alba de la vida urbana hace nueve mil años” (Ídem: 32).

La mitad del número de personas que viven en las ciudades del mundo lo hacen bajo el umbral de la pobreza (definido en cada país), y una cuarta parte de ellas lo hacen bajo una pobreza “absoluta” difícil de imaginar, con menos de un dólar al día, según datos del mismísimo Banco Mundial (Ídem: 39), entidad nada sospechosa de ser tildada de difundir valores progresistas. Por poner un ejemplo, Davis habla de las cinco grandes metrópolis del sur de Asia: Karachi, Bombay, Delhi, Calcuta y Dacca; donde se pueden contar unas 15.000 de estas comunidades hiperdegradadas, cuya población total es de más de 20 millones de habitantes. Lo relevante, como insiste Davis, es que aunque en alguna de estas zonas la situación de pobreza tenga una larga historia, la mayoría de las “megaáreas urbanas hiperdegradadas” se han formado en las últimas décadas (Ídem: 41). Los datos de este ensayo son escalofrantes y no se limitan al Tercer

Mundo. Davis aporta datos sorprendentes y explica, por ejemplo, que en el mundo occidental “Los Ángeles es la capital de los sin techo”, con unas 100.000 personas que acampan en las calles o viven furtivamente en parques o en medio de autopistas (Ídem: 52).

El turbador ensayo de Davis se sirve de una terminología semejante a la de Bauman al apuntar que la principal función que cumplen estas áreas urbanas degradadas es la de hacer de vertederos humanos (Ídem: 65). Pero a menudo se trata de vertederos mutantes, que cambian de forma rápidamente ya que “la segregación urbana no es un *statu quo* congelado, sino más bien una incesante guerra social en la que el Estado interviene en nombre del progreso, del embellecimiento e incluso de la justicia social, para redibujar las fronteras urbanas en beneficio de propietarios de terrenos, inversores extranjeros, élites nacionales y clases acomodadas (Ídem: 130). La obra es rica en datos históricos que reflejan el despotismo y la crueldad con el que las élites y los poderosos de cada país, usando las fuerzas policiales y el ejército y en connivencia con entidades como el FMI o el Banco Mundial, han tratado tradicionalmente a las clases más pobres, incluso mucho después de la era colonial. En Hong Kong, por ejemplo, se le ha puesto el descriptivo nombre de “Palm Springs” a un enclave celosamente protegido, donde se puede observar el contraste entre los lujosos estilos de vida de sus acomodados residentes y “las condiciones en las que se encuentran las criadas filipinas que duermen en las azoteas como las gallinas en los gallineros” (Ídem: 151).

En muchas ciudades tanto del Tercer Mundo como del Primero, la búsqueda de la seguridad y del aislamiento social es ya obsesiva, y se ha pasado a hablar de una verdadera “arquitectura del miedo”, sobre todo allí donde las desigualdades sociales son mayores. En las zonas residenciales de Manila los propietarios ricos cierran con barricadas las calles públicas y realizan una constante cruzada a favor de la demolición de las zonas hiperdegradadas. En Johannesburgo o en Cape Town, los barrios del norte se han transformado en zonas de alta seguridad, con muros, alambres de espinos y vallas electrificadas. Alphaville, en Brasil, es una ciudad privada rodeada de muros y defendida por más de 800 guardias de seguridad privados, y donde “sus jóvenes residentes pasan sus años dorados campando a sus anchas”. Son las llamadas *edge cities*, como las de Bangalore y Yakarta, mundos aparte autosuficientes.

En otras ciudades, como Managua o Buenos Aires, un punto clave a tener en cuenta es la inversión (del Estado, por supuesto) en carreteras, que permiten a los ricos vivir en residencias campestres y desplazarse cómodamente a sus oficinas en el centro. “En Lagos se abrió un amplio pasillo a través de poblados, asentamientos, chabolas y miseria, para poder construir una autopista para los dirigentes y funcionarios del Estado que viven en el rico barrio de Ajah”. Davis quiere enfatizar el hecho de que, en definitiva, estamos ante una reorganización del espacio urbano a nivel mundial que

busca limitar las intersecciones “entre la vida de los ricos y la de los pobres”. Se trata de un “divorcio” entre las actividades de las élites y cada contexto territorial local, “un intento casi utópico de desconectar de una sofocante matriz de pobreza y violencia social” (Ídem: 152-156).

Capítulo aparte merece la acumulación de basura y excrementos humanos que sufren las nuevas zonas urbanas hiperdegradadas. “Las megaciudades pobres de la actualidad (...) son apestosas montañas de basura que horrorizarían [incluso] a la burguesía victoriana”. Davis asegura que se trata de una verdadera crisis sanitaria global cuyo origen debemos buscarlo, de nuevo, en el colonialismo, ya que los antiguos imperios europeos se abstuvieron de proporcionar sistemas sanitarios o canalizaciones de agua a los barrios de los nativos, y simplemente optaron “por la exclusión racial y los cordones sanitarios para aislar los cuarteles y los barrios blancos de las epidemias. Los regímenes poscoloniales (...) heredaron un déficit sanitario que pocos podían afrontar” (Ídem: 179).

En la actualidad, la segregación urbana es, además de injusta, ineficiente. El ensayo de Davis expone la cruda realidad que se vive a diario en cada vez más hogares del planeta. Un panorama devastador de miseria, falta de higiene, graves desigualdades entre urbanitas ricos y pobres. Se denuncia que en muchas ciudades, incluso las reformas sanitarias “están torpedeadas por los funcionarios corruptos y la indiferencia de las clases acomodadas” (Ídem: 192). Como dice Davis, la globalización económica, si no va acompañada por una infraestructura sanitaria global, resulta “una fórmula ideal para producir una catástrofe”.

La conclusión de esta obra es que cientos de millones de personas del planeta están pagando las consecuencias de los llamados Programas de Ajuste Estructural impuestos por el FMI y el Banco Mundial que, a partir de la década de 1980, utilizaron el concepto de “deuda” como palanca para reestructurar las economías de la mayoría de países del Tercer Mundo”, convirtiendo muchas áreas en un implacable destino no sólo para emigrantes o refugiados, sino también para otros millones de personas que tradicionalmente habían vivido en los centros de las ciudades y que se vieron expulsados por la violencia de los obligados ajustes de entidades supranacionales inmisericordes:

“En todo el mundo, el FMI y el Banco Mundial, en su papel de alguaciles de los grandes bancos y respaldados por las administraciones de Reagan y de George H. Bush, ofrecieron a los países pobres el mismo cáliz envenenado: devaluación, privatización, desaparición de aranceles y subvenciones agrícolas, recuperación forzosa de costes en sanidad y educación y una despiadada reducción del sector público. Un famoso telegrama del secretario del tesoro George Shultz a los funcionarios en el exterior encargados de la ayuda estadounidense, ordenaba que “en la mayor parte de los casos, las empresas del sector público deben ser privatizadas”. Al mismo tiempo, los Planes de Ajuste devastaban a los pequeños agricultores que se quedaban sin subvenciones y se veían obligados a nadar o hundirse en un mercado global dominado por

la agricultura, fuertemente subvencionada, gestionada por las grandes empresas del Primer Mundo” (Ídem: 198).

Las citadas entidades promueven la imposición de tasas sobre los servicios públicos que utilizan los pobres, pero no proponen, por ejemplo, ninguna reducción del gasto militar o gravar los ingresos de los ricos. Este infame proceso, sumado a las sequías, las periódicas subidas del precio del petróleo, los intereses de los créditos o la caída de los salarios, produjeron efectos perversos más severos y duraderos que la Gran Depresión (Ídem: 200). Teniendo en cuenta que el trabajo de Davis data de 2006, cabe concluir que hoy, después de la gran crisis económica que estallara en 2008, el estado de cosas dista mucho de haber mejorado. Dado el imparable “éxito” de la expansión de las doctrinas neoliberales que se han adoptado en todo el mundo occidental, se puede decir que ya prácticamente en todas las ciudades del planeta se ha entrado en un círculo vicioso de aumento de la inmigración, descenso del empleo y los salarios, y aumento vertiginoso de una desigualdad sin precedentes en lo que respecta a los ingresos de las familias. La perversión de los efectos que, como explicara Davis, los planes de ajustes provocaban en el Tercer Mundo a principios del siglo XXI, nos son hoy en día terriblemente familiares, ya que los estamos experimentando en propia carne: huida de capitales, colapso de la producción, desindustrialización, privatizaciones y recortes en servicios públicos, aumentos de los precios y caída de los salarios. Todo ello aliñado con las salsas características de cada país, con sus respectivas dosis de corrupción política, incompetencia institucional, o debilidad de la democracia representativa.

Sin embargo, no podemos olvidar que todos estos ajustes que estrangulan a la población sin recursos y a las clases medias dependientes del sector público, ofrecen “unas oportunidades inmejorables a inversores, al sector de las importaciones, a los narcotraficantes, a gerifaltes del ejército y a políticos corruptos” (Ídem: 203). Cómo se puede ver incluso en *reality shows* de televisión, los megaricos disfrutaban de una vida derrochadora y lujosa mientras muchos de sus compatriotas pasan hambre y viven en chabolas.

### **La (in)seguridad en el mundo globalizado.**

En 2016 los índices de desigualdad siguen alcanzando cifras de récord. El creciente abismo que separa a los ricos de los pobres da argumentos a los que piden cambios radicales, aunque sea a costa de usar la violencia, como demanda el salafismo radical. No es extraño que la agitación social se multiplique en aquellos lugares donde las desigualdades son más acusadas. Como señala Jones (2011: 83) haciendo referencia a “*The Spirit Level*”, el trabajo de Richard Wilkinson y Kate Pickett, irrefutables

estadísticas muestran que cuanto más desigual es una sociedad, más problemas sociales alberga, desde actividad criminal a problemas de salud.

Hemos insistido en cómo el proceso actual por el cual centenares de miles de personas alrededor del planeta ven cada día cómo son expulsados de sus tierras, asesinados u obligados a emigrar lejos de sus pueblos empujados por la miseria y las guerras, es espectacular. Significativamente más grande de lo que muchas personas pueden llegar siquiera a imaginar. Los Estados, ya sea en solitario o en conjunto, se ven incapaces de solucionar la situación. Las mafias internacionales encuentran un escenario ideal para trabajar, dadas las facilidades que un mundo globalizado ha añadido a su funcionamiento, como explica Jaume Curbet en *“La glocalización de la (in)seguridad”* (2006). Vale la pena destacar que este especialista en seguridad relaciona la creciente fractura social entre ricos y pobres con los más graves peligros a nivel global: “el riesgo de desastre ecológico, el crimen organizado global, el terrorismo transnacional, la diseminación de armas bacteriológicas y químicas los grandes flujos migratorios descontrolados, la cronificación de la inseguridad ciudadana...” (Curbet, 2006: 10).

Curbet (que fue profesor de la Universitat de Girona y de la UOC, así como responsable de la Comisión de Seguridad de los Juegos Olímpicos de Barcelona, entre muchos otros cargos) deja claro que la economía criminal se halla íntimamente ligada a la economía legal debido a la desregulación y la globalización financiera. El despliegue mundial del capitalismo financiero ha roto los vínculos con el Estado-Providencia, quebrando así el círculo virtuoso del crecimiento y de la integración social. En un todavía nuevo escenario que no es fácil de asimilar, las antiguas élites se alían con

“una mezcla pintoresca de aventureros y marginados de la sociedad y, juntos, movilizan a los excluidos, los alienados y los inseguros, con la finalidad de lograr (y conservar) el poder. En su expresión más cruda, el Crimen Organizado Global aparece como la manifestación típica y muy moderna de una nueva criminalidad a escala mundial: la de los poderosos” (Ídem: 26).

Este autor denuncia que hoy en día al hecho de robar los recursos de naciones enteras se le llama “promover el libre comercio” y dejar a familias y comunidades sin su medio de vida se le llama “redimensionar” o “racionalizar”, acciones que nunca aparecen en ninguna relación de actos criminales y punibles (Ídem: 29). El autor habla del Crimen Organizado Global como la realización del auténtico sueño del capitalista, esto es, crecimiento económico al servicio del interés particular, sin el lastre de la solidaridad ni el control del Estado. Una “continuación del comercio por otros medios”, en la era del globalismo neoliberal (Ídem: 30). Así vemos como, en el año 2003, Naciones Unidas estimaba que 4 millones de personas a nivel mundial eran víctimas del Tráfico de Seres Humanos, “un nuevo comercio global de esclavos”, una cuarta parte de ellos forzados a ejercer la prostitución u otras actividades (Ídem: 31).

Las presiones económicas y sociales han sustituido a la violencia física como medio de explotación de los individuos, estableciendo nuevas formas de esclavitud, “organizadas

a escala global y con una apariencia de aires más modernos, que se creían erradicadas desde los tiempos de la Ilustración” (Ídem: 34). El autor expone cómo en los países “desarrollados” el turismo sexual no para de crecer, llevado a cabo por un tipo de turistas con alto poder adquisitivo, que ha disparado la prostitución juvenil e infantil. Esta realidad, señala, no representa un “daño colateral” de la expansión del capitalismo sino de algo inherente a él, como indican incluso instituciones como la Organización Internacional del Trabajo: “el trabajo forzoso, la esclavitud y el tráfico criminal de seres humanos crece con la globalización, adoptando nuevas e insidiosas formas” (Ídem: 35).

Esta obra de Curbet es una lúcida y a la vez escalofriante exposición del alcance del poder que el mundo globalizado ha facilitado a lo que llama el Crimen Organizado Global, y que, según él, todavía no tiene la visibilidad que merece su amenaza y sus innumerables víctimas. El autor reclama la emergencia de una nueva visión que no se limite a contemplar los desastres y las violencias como algo natural e inevitable, sino que nos fijemos en los riesgos y conflictos producidos socialmente, en los procesos económicos y políticos que originan esos conflictos. Una visión que ya se expresa, sigue Curbet, en los nuevos movimientos ecologistas, feministas y antiglobalización, ya que a pesar del bienestar extraordinario conseguido por las élites cosmopolitas, este mundo inseguro es, a su vez, un mundo radicalmente injusto, en el que no para de crecer la fractura social que tensa las relaciones entre ricos y pobres. Debemos cuestionar la visión dominante que religa la seguridad con el poder y el orden antes que con la justicia y la sostenibilidad:

“Hoy se necesita, más que nunca, una seguridad asentada sobre la cohesión, la igualdad, la mediación, el diálogo, la cultura y la comunicación en unas democracias sanas, donde no se imponga la cultura del miedo. (...) la seguridad real es la ausencia de exclusión, que es lo que evita la fractura del tejido social. Sin convivencia nunca habrá seguridad” (Ídem: 88-89).

Las víctimas humanas de la globalización y el supuesto “progreso económico” son un blanco fácil tanto para descargar la ansiedad y las iras de la población como para propiciar que el Estado disimule su debilidad ante la economía global. Los gobiernos estatales se ven incapaces de luchar por separado contra fenómenos globales que les superan y ante los cuales no disponen de los recursos necesarios para actuar, y prefieren centrarse en un blanco mucho más fácil de acertar: el pequeño delincuente del barrio degradado de cada ciudad. El espacio global en el que se mueven las mafias es mucho más difícil de vigilar al no existir una política global real, carencia necesaria para que los súper ricos puedan operar sin tener en cuenta más intereses que los suyos propios.

El Estado puede hacer bien poco para calmar la incertidumbre que acecha a los ciudadanos ante este complejo panorama, excepto reorientar su acción hacia objetivos que quedan a su alcance: refugiados, solicitantes de asilo, inmigrantes, residuos

humanos de la globalización. Personas que, al fin y al cabo, comparten con la élite poderosa que mueve el mundo el hecho de que no están ligados a ningún lugar y resultan sospechosos e impredecibles. Los “autóctonos” nos sentimos, así, amenazados. Bauman cita a Bertol Brecht cuando señala que los refugiados son “mensajeros de la desgracia”. Nos recuerdan que en el mundo hay guerras, horror, miedo, miseria, catástrofes. Una reacción actual de muchos de nosotros es pues, rechazarlos. Y ante la duda, a la mínima, encerrarlos, castigarlos.

El sistema neoliberal en el que el mundo occidental se ha sumergido se basa en que el Estado deje libertad de movimiento al capital y al modo en que éste usa la fuerza de trabajo y, de manera opuesta, en que la acción punitiva (penal, policial) del Estado sea progresivamente más dura, más fuerte, para poder lidiar de un determinado modo con las consecuencias sociales que la desregulación del campo económico, el empleo y la degradación de las protecciones sociales causan sobre las capas más débiles de la sociedad. Mientras tanto, muchos individuos que se ven (de momento) a salvo del deterioro del Estado del Bienestar, reclaman todavía más “mano dura” al Estado Penal.

El Estado Social, fruto de una larga historia de luchas de nuestros antepasados más recientes, que reclamaba la obediencia de sus ciudadanos a cambio de defenderles y asegurarles un hogar, un trabajo y ayuda contra “las azarasas embestidas del destino” (Bauman, 2005), ya no existe tal y como lo conocimos. Durante decenios se crearon condiciones laborales cada vez más favorables, empleos más estables, que proporcionaban seguridad y confianza a las clases medias y bajas, inyectaban aceite en el motor del ascensor social y hacían vislumbrar un futuro ilusionante a millones de trabajadores. El panorama ha cambiado drásticamente, ya que, como explica Fernando Escalante<sup>6</sup>, el neoliberalismo se propuso cambiar el orden establecido y lo consiguió, con un éxito rotundo:

“Se propuso destruir el poder de los sindicatos, de los funcionarios públicos, porque defendían intereses particulares; se propuso acabar con los servicios públicos, porque eran ineficientes y corruptos; se propuso eliminar la regulación de casi todos los mercados, porque era un obstáculo para la libertad. Y lo consiguió. Pero además, consiguió que todo eso fuese visto como progreso: consiguió apropiarse de la noción de progreso. Y que la idea misma del Estado de Bienestar, la regulación de los mercados, la protección del trabajo, los servicios públicos, todo eso fuese visto como cosa del pasado.”(...) “El éxito cultural del neoliberalismo ha sido categórico, general, abrumador. No es una exageración decir que el neoliberalismo constituye nuestro sentido común. Las mismas ideas, las mismas convicciones aparecen en trabajos académicos, en informes de consultoría, artículos de opinión, en las tertulias televisivas: racionalidad, mercado, competencia, incentivos, maximización... (...) De modo que es muy difícil argumentar contra una política económica cuando se basa en las ideas de nuestro sentido común, que nos parecen absolutamente obvias. (...) Está también el hecho de que la crisis, ocasionada en buena medida por el peso desproporcionado del sistema financiero, ha servido

---

<sup>6</sup> Declaraciones de Fernando Escalante en una entrevista en el periódico digital cxtx: <http://cxtx.es/es/20161019/Politica/9046/Fernando-Escalante-neoliberalismo-privatizacion-austeridad.htm> [fecha de consulta: 1/11/2016]

para aumentar todavía más el poder de los bancos, las compañías calificadoras, y el sector financiero en general. En general, ha sido una nueva vuelta de tuerca para reforzar a los acreedores. Es decir: la crisis ha sido útil políticamente para intensificar las políticas neoliberales”.

## **El tratamiento mediático de la desigualdad social.**

El fenómeno del film “Pretty Woman”, del director Garry Marshall, en los canales de televisión española ha sido ampliamente comentado. Cuando se estrenó en los cines en 1990 fue todo un éxito mundial y catapultó a la fama a sus dos protagonistas. Lo extraordinario del film, sin embargo, es que ostenta un curioso récord respecto a un dato de la estadística televisiva, al que ninguna otra película se acerca mínimamente: a lo largo de muchos años después de su estreno, cada vez que se programaba en cualquiera de los canales de la parrilla televisiva resultaba ser el espacio líder de audiencia, la emisión más vista del día, con unas cifras inesperadas teniendo en cuenta el número de veces que ya se había programado el film. Los expertos cuentan que el secreto de la película reside en el hecho de actualizar el tradicional “cuento de hadas” en el que el bello príncipe azul rescata de sus penurias a la doncella.

Pero el personaje al que da vida Richard Gere no es un príncipe sino que se trata de un millonario ejecutivo, un tiburón de las finanzas que se dedica, como él mismo dice, “a comprar empresas con problemas, dividirlos y revenderlos”. Poderoso y muy rico, aunque solitario y con problemas afectivos, el protagonista es todo un hombre sin escrúpulos que cambiará al conocer a la doncella, descubrirá su lado bueno y dulcificará su carácter. Por su parte, a la protagonista, encarnada por Julia Roberts, ¿qué es lo que la hace feliz?: dormir en lujosas *suites*, ir de compras a *boutiques* caras y ser la envidia de los transeúntes mientras pasea sus largas piernas al ritmo de la inolvidable canción de Roy Orbison. De nuevo la victoria de los “más aptos”. “50 sombras de Grey”, una obra más actual también de éxito mayúsculo, sigue unos parámetros similares.

Como dice Bauman (2014: 71), el principio básico de la sociedad consumista es que la búsqueda de la felicidad equivale a ir de compras: “la felicidad se debe buscar y se encontrará en los estantes de las tiendas”. En este sentido, una anécdota relatada por este autor resulta muy ilustrativa. Para animar a los norteamericanos a superar el trauma en la jornada de los atentados del 11-S, el presidente George Bush “no encontró mejor sugerencia que decir: “Volved a ir de compras” (Ídem: 73). El mensaje consumista llega a todo el mundo, se envía de forma indiscriminada y presume de ser universal, válido para todos. Pero la realidad es que muchos de sus receptores no se pueden permitir la “medicina”. Existe todo un gran grupo de consumidores fracasados que por diversas razones no son aptos para cumplir con las exigencias que ese mensaje



les impulsa a asumir “insistente y machaconamente”. Muchos individuos se sienten humillados, inferiores, avergonzados por su bajo rendimiento y sus posibles causas:

“(…) los perdedores de esta competición son culpados públicamente por la desigualdad social resultante. Y, lo que es más importante, tienden a estar de acuerdo con el veredicto público y se culpan a sí mismos, sacrificando su autoestima y su confianza. Al daño se le añade entonces un insulto. Sobre la herida abierta de la miseria se echa la sal de la reprobación” (Ídem: 68-69).

En el siglo XXI, el papel de los *mass media* no se limita a mostrarnos la cara amable de trajeados ejecutivos con una aureola de éxito alrededor ni se restringe, tampoco, a bombardearnos con las excelencias y prestancias del consumismo y la felicidad que aporta “ir de compras”, sino que también juegan un creciente papel a la hora de criminalizar la pobreza de manera más explícita.

En Francia, por ejemplo, una vez que el Estado desregula el empleo, se precarizan los puestos de trabajo y el paro se torna indefinido; las *banlieues*, que anteriormente habían sido la residencia de inmigrantes de toda procedencia que eran rápidamente asimilados por las estructuras de trabajo francesas, se transforman en espacios de marginación y abandono socioeconómico. En 1993 (1999 en España), bajo la dirección de Pierre Bourdieu, se edita la obra coral “*La miseria del mundo*”, una larga serie de entrevistas a personas de clase media y baja (trabajadores jubilados, inmigrantes en paro, trabajadoras sociales, comerciantes...) con posteriores análisis por parte de los reputados sociólogos que colaboraron en dicho estudio. En esta obra de referencia ya se podían constatar los graves problemas relacionados con la nueva pobreza, la marginalidad y la exclusión social que aparecía como consecuencia de los efectos de la aplicación de la doctrina neoliberal: las deslocalizaciones industriales, la debilitación de los sindicatos y los cambios en las relaciones laborales, los salarios rebajados, las frustraciones y tragedias a nivel personal y familiar, los movimientos migratorios que transforman las urbanizaciones periféricas de las ciudades francesas más grandes, etc. Para comprender la magnitud del problema, los autores ya destacaban el importante papel del cambio en el funcionamiento del Estado, inmerso desde los años 80 en el nuevo paradigma neoliberal, importado de EEUU y Gran Bretaña.

Uno de los colaboradores de la obra, Patrick Champagne, analiza la visión mediática de los “acontecimientos violentos” que suceden en las llamadas *banlieues*, y destaca el importante papel de los medios de comunicación, empezando por la manera en que los mismos abordan el problema y cómo se ponen en juego los propios prejuicios de los periodistas, que, lejos de ayudar a los habitantes de las urbanizaciones degradadas, contribuyen a la estigmatización social de los afectados:

“No todos los malestares son igualmente “mediáticos”, y los que lo son sufren inevitablemente una cierta cantidad de deformaciones desde el momento en que los medios los abordan, puesto que, lejos de limitarse a registrarlos, el campo periodístico los somete a un verdadero trabajo de construcción que depende en muy amplia medida de los intereses propios de ese sector de actividad” (1999: 51).

Como refleja el autor, en la formación de la opinión pública de los “altercados” tristemente famosos a nivel internacional que tuvieron lugar en las *banlieues* en las décadas de los 80 y 90 (como seguiría pasando en los nuevos estallidos de violencia años después), fue trascendental el tratamiento televisivo de los incidentes. Pero lo importante es que la atención de los periodistas se concentraba más en los enfrentamientos que en las situaciones objetivas que los provocaban. Los síntomas de una crisis mucho más general tienden a abordarse de manera independiente, en nombre de la inmediatez de las imágenes y en beneficio del espectáculo televisivo, hambriento de nutridas audiencias. Debido a los poderosos efectos de orden simbólico que siguen a estos sucesos lanzados a través de los *mass media* a nivel mundial, la población de esas urbanizaciones ve cómo se fabrica una imagen negativa de su propio hogar. Lejos de ayudar a los habitantes de estos distritos, los medios contribuyen paradójicamente a su estigmatización:

“Estos barrios se muestran como insalubres y siniestros, y sus habitantes, como delincuentes. Los jóvenes que buscan trabajo ya no se atreven a decir que viven en esas urbanizaciones, que tienen mala fama por haberse convertido en noticia de “primera plana” de los medios (...). Esta visión periodística de los suburbios es vigorosamente rechazada por una pequeña parte de la población de esos barrios, generalmente la más politizada o militante, y suscita su indignación: “Si el suburbio en que vivo fuera verdaderamente como dicen los diarios, jamás querría vivir en él” (1999: 59).

Es evidente que, como explica Champagne, la situación de estos suburbios es el resultado de un proceso complejo que responde a mecanismos globales como la política habitacional o la crisis económica, imposibles de tratar localmente por unos pocos trabajadores sociales o maestros, que a menudo quedarán derrengados ante irrisorios y frustrantes resultados, “ya que los mecanismos generales deshacen sin cesar lo que ellos tratan de hacer” (1999: 62). La espectacularidad de los actos vandálicos que aparecen en las portadas de la prensa, no hablan de las pequeñas violencias que padecen desde su nacimiento los habitantes de esas urbanizaciones depauperadas. A su vez, los “pobres blancos” de esos suburbios conviven indignados con estos hijos de la inmigración, indignaciones fáciles de explotar debido a los conflictos incesantes que “desembocan a veces en dramas y terminan por alimentar la crónica de las noticias misceláneas” (Ídem: 63). Como hace Pierre Bourdieu unas páginas más adelante, después de entrevistar a dos jóvenes “malhechores” de uno de estos suburbios, no debería de representar mucho esfuerzo compartir sus sentimientos, entender esa fatalidad de haber nacido en un lugar de “relegación social, donde las miserias de cada uno se ven redobladas por las nacidas de la coexistencia y la cohabitación de todos los miserables y (...) del efecto de destino que está inscripto en la pertenencia a un grupo estigmatizado” (Ídem: 68).

## **La demonización de la clase obrera.**

En 2011 Owen Jones, un joven escritor británico, publicó un ensayo imprescindible: *“Chavs, The Demonization Of The Working Class”*. La obra se centra en la demonización de la empobrecida clase obrera blanca, ridiculizada y estigmatizada por los *mass media* y la clase política británica. En un contrastado y documentado análisis se muestra, de manera lúcida, cómo el poder establecido consiguió hacer extensivo el mantra *“todos somos clase media”* para acometer una serie de paulatinos cambios en el Estado del Bienestar que han ido en contra de los más débiles y han convertido Reino Unido en uno de los lugares más desiguales de occidente, y Londres en una de las ciudades con más desigualdad del planeta donde *“the richest 10 per cent is worth 273 times more than the poorest 10 per cent”* (2012: prefacio, 23). La cuestión es que la culpa ha recaído en las víctimas en lugar de hacerlo en las políticas promovidas por los sucesivos gobiernos de las últimas décadas. Jones realiza una contrastada descripción del infame trato mediático y político que se da a los llamados *Chavs*, con ejemplos muy ilustrativos, como el caso de la niña desaparecida que pertenecía a la clase baja y el contraste que se produjo en todos los medios respecto al tratamiento de su caso con el que tuvo, al mismo tiempo, la también desaparecida niña de los McCann, *“because the McCann’s lives were similar to their own”*, es decir, porque en la actualidad la gran mayoría de periodistas de los grandes medios de comunicación, dado el encarecimiento de los estudios y el elitismo excluyente, pertenecen a las clases media-alta o alta, como los mismos McCann. Para estos periodistas, entrar en determinadas zonas urbanas de Reino Unido a entrevistar a ciudadanos de clase obrera, es como hacerlo en las calles de Kandahar o Tombuctú.

Como apunta Jones, admitir que hay personas más pobres que otras a causa de injusticias inherentes en la sociedad, requeriría acción del gobierno, en cambio, demonizar a las clases bajas hace más fácil justificar los niveles sin precedentes de crecimiento de la desigualdad. El papel de los medios de comunicación resulta clave para entender cómo se han instalado en la opinión pública ciertos prejuicios y estigmas.

*“Chavs”* representa la contribución de Jones a la reapertura del debate sobre la diferencia de clases y sobre la injusta distribución del poder y la riqueza en la sociedad, asuntos aparcados durante décadas en el mundo occidental. El ensayo nos enfrenta a la siguiente pregunta: ¿cómo el odio a la clase obrera ha podido devenir tan socialmente aceptable? Y muestra cómo en gran medida es el legado de años de cambios en el discurso de la administración pública, que empezaron bajo el gobierno de Thatcher pero continuaron con los laboristas de Blair, y propiciaron que la pobreza y el desempleo ya no se vieran como problemas sociales, sino como fallos morales individuales. Puede parecer una cuestión exagerada vista desde España, pero podemos pensar en cómo ha degenerado aquí el debate en torno a los *“canis”* y las *“chonis”*, por no hablar de los gitanos, los negros y los llamados *“sudacas”* o *“panchitos”*. Es desde el mismo poder establecido desde donde se promueve la idea de que la desigualdad es

racional, ya que se trata simplemente de una expresión de las diferencias de talento y habilidades.

Jones concluye que la demonización de la clase obrera es la ridiculización de los conquistados por parte de los conquistadores (Ídem: 247). Catalogarlos de intolerantes, vagos y sucios, hace cada vez más difícil que otros se muestren empáticos con ellos: “The people at the very bottom, in particular, have been effectively dehumanized. And why would anyone want to improve the conditions of people that they hate?” (Ídem: 249). El papel de la clase política y la prensa (que, por ejemplo, enfoca de manera frecuente las pequeñas irregularidades fiscales de los pobres en lugar de la evasión fiscal de los ricos, setenta veces mayor) se puede calificar simplemente de escándalo y de guerra de clases: “This is class war, and a new class politics must answer it” (Ídem: 265).

Como admitió Warren Buffet, uno de los hombres más ricos del mundo: “está claro que hay lucha de clases, pero es mi clase, la de los ricos, la que la está haciendo y la que la está ganando”<sup>7</sup>. Este millonario atípico, concienciado y sensible a los problemas sociales, escribió un artículo el 14 de agosto de 2011 en el New York Times<sup>8</sup> donde, entre otras interesantes afirmaciones, reconoce con sorpresa que con las consecutivas reformas del Estado en materia de impuestos, él mismo, al igual que sus “*mega-rich friends*” (como define Buffet a sus multimillonarios amigos), está siendo claramente favorecido, pasando a ser quien, en proporción, paga menos impuestos de su oficina, en la que trabajan 20 personas.

## **El papel pionero de Estados Unidos.**

El sociólogo francés afincado en Estados Unidos Loïc Wacquant es autor de una impresionante obra donde disecciona y desmantela la leyenda internacional de “*El Dorado norteamericano de la ley y el orden*”, demostrando cómo las categorías, las prácticas y las políticas penales de Estados Unidos hallan su raíz y su razón en la revolución neoliberal de la que ese país es el crisol histórico y el líder planetario” (2010: 17 - 18). Su “*Castigar a los pobres*” deviene una obra de referencia para entender cómo, en la era hegemónica del mercado, la figura del Estado se reconstruye con una expansión penal sin precedentes para sostener un proyecto político: “el

---

<sup>7</sup> Narrado por el periodista Ben Stein en un artículo publicado en el New York Times: [http://www.nytimes.com/2006/11/26/business/yourmoney/26every.html?\\_r=0](http://www.nytimes.com/2006/11/26/business/yourmoney/26every.html?_r=0) [fecha de consulta: 18/12/2016]

<sup>8</sup> Se trata de un artículo de obligada lectura consultable en: <http://www.nytimes.com/2011/08/15/opinion/stop-coddling-the-super-rich.html> [fecha de consulta: 18/12/2016]

reequipamiento de la autoridad pública necesaria para promover el avance del neoliberalismo” (Ídem: 22). Esa hegemonía, denuncia Wacquant, hace que la estrategia de la penalización de la pobreza funcione como una técnica para la invisibilización de los problemas sociales que el Estado “ya no puede o ya no quiere tratar desde sus causas, y la cárcel actúa como un contenedor judicial donde se arrojan los desechos humanos de la sociedad de mercado” (Ídem: 25-27).

Al adentrarse en lo que él llama “el laboratorio viviente de la revolución neoliberal” que hoy representa Estados Unidos, se constata el grave error de creer (y hacer que la gente crea) que la policía y la cárcel son la solución óptima o el único medio de garantizar la seguridad pública, como si no hubiera más alternativas para lidiar con las perturbaciones sociales y mentales originadas por la fragmentación de la mano de obra y la polarización del espacio urbano. La “criminalización de la inseguridad social” que denuncia esta obra revela un enorme coste social y una degradación irreversible de los ideales de libertad e igualdad.

“Gracias a la asociación tenaz entre el crimen, la pobreza y la inmigración en los medios de comunicación, (...) estas medidas son objeto de un consenso político sin precedentes y gozan de un amplio apoyo de la opinión pública y de todas las clases. (...) De ello se desprende que la severidad penal se presenta en prácticamente todas partes como una necesidad saludable, un reflejo vital de defensa propia por un cuerpo social amenazado por la gangrena de la criminalidad, por más insignificante que ésta sea. Atrapado en la tendenciosa alternativa entre visiones catastrofistas y angelicales, quien se atreva a poner en tela de juicio los tópicos evidentes del pensamiento único sobre la “inseguridad” que ahora imperan sin ser objeto de ningún cuestionamiento es ineluctablemente (des)calificado como un ingenuo soñador o un ideólogo culpable por desconocer las duras realidades de la vida urbana contemporánea” (Ídem: 32).

Wacquant coincide con Bauman al percibir de qué manera ha cambiado en el imaginario colectivo la visión que tiene la sociedad sobre “las poblaciones desposeídas y deshonradas (por su status o su origen)” (Ídem: 32), y cómo esas personas son ahora tratadas desde la política y el periodismo. Wacquant insiste en que se ha vuelto indeseable la presencia en nuestras calles de jóvenes desempleados librados a su suerte, mendigos y sin techo, nómadas sin rumbo y drogadictos e inmigrantes poscoloniales sin documentos ni apoyo. Sus actos son intolerables para la mayoría porque representan la “encarnación viviente y amenazadora de la inseguridad social generalizada producida por la erosión del trabajo estable y homogéneo (...) y por la descomposición de las solidaridades de clase y de cultura que la sostenían en un marco nacional claramente circunscrito” (Ídem: 33).

Se trata de una mezcla de miedo al futuro, a la decadencia y a la degradación social, y la angustia de no poder transmitir el estatus a los descendientes en una sociedad cada vez más competitiva e incierta; una inseguridad “que (objetivamente) afecta a las familias de clase trabajadora privadas del capital cultural necesario para acceder a los sectores protegidos del mercado de trabajo y que (subjektivamente) asedia a amplios

sectores de la clase media". De todo ello se alimenta el discurso de los políticos y los medios de comunicación cuando hablan de la delincuencia, centrándose solamente en la inseguridad física o criminal.

Wacquant llega a afirmar que la "Guerra contra la pobreza" ha dado lugar a una guerra contra los pobres, que se han convertido "en el chivo expiatorio de los peores males que aquejan al país" siendo golpeados por una serie de medidas punitivas y humillantes que tienen por objetivo encaminarlos hacia el empleo precario o a acallar sus demandas sociales y minimizar su carga fiscal (Ídem: 88). Recortes de ayudas, multiplicación de documentos y formularios a presentar que derivan en "rechazos administrativos", eliminación de programas de ayuda pública y precarización del empleo provocan que en EEUU la pobreza esté más generalizada y sea más persistente y aguda que en la Europa continental. Como explica el premio Nobel de Economía Joseph E. Stiglitz, ya antes de la crisis de 2007 Estados Unidos se iba partiendo en dos a un ritmo cada vez mayor: "mientras que al 1% más alto las cosas le iban fabulosamente, la mayoría de los estadounidenses en realidad estaba empobreciéndose" (2012: 40).

En 1994, por ejemplo, el número oficial de personas pobres superó los 40 millones, el 15 % de la población del país. Una de cada diez familias blancas y una de cada tres afroamericanas vivían por debajo de la línea de pobreza (Wacquant, 2010: 94). Wacquant explica cómo, durante los años 80 y 90, gracias a la debilidad de los sindicatos, el poder del mundo financiero en el sistema electoral, y el ya citado individualismo meritocrático según el cual cada asalariado es responsable de su propio destino; los despidos masivos y la degradación de las condiciones laborales fueron la base del supuesto retorno a la prosperidad económica en los EEUU. La frustración y la angustia de las clases medias se dirigieron, entonces, contra el Estado, por un lado, y contra las "categorías inmerecedoras o sospechosas de beneficiarse" de las "limosnas" que todavía otorgaba la administración (Ídem: 99). Así se constituyó la base que condujo a la dura reforma de la ayuda pública de 1996, que analizaremos más adelante.

Pero podemos ya observar que se trata de un proceso perverso: primero la precarización del mundo laboral en beneficio de las grandes empresas y la disminución de las ayudas sociales provocan un empobrecimiento general entre las clases más bajas, a continuación la angustia llega a las clases medias y éstas, entonces, exigen al Estado todavía más austeridad y mano dura (tolerancia cero) para con los pobres y las minorías, en especial los negros y las mujeres.

Al mismo tiempo, la cárcel ha pasado en treinta años de ser considerada por los más importantes sociólogos, historiadores y penalistas como una institución en una decadencia inevitable que auguraba su desaparición ("destinada a ser reemplazada a medio plazo por instrumentos más difusos, discretos y diversificados de control

social”); a representar de nuevo un papel central, dados los cambios producidos en la regulación de las clases trabajadoras por parte del Estado. Lo que Pierre Bourdieu llamó “la mano izquierda” del Estado, que protegía y ampliaba las oportunidades de vida a través de legislación laboral, educación, asistencia social o vivienda pública, está siendo desplazada por la acción de “la mano derecha”, a través de la policía, “la justicia y las administraciones correccionales, cada vez más activas e intrusivas en las zonas subalternas del espacio social y urbano” (Ídem: 35)<sup>9</sup>.

Nos hallamos, pues, ante un nuevo “gobierno de la inseguridad social” que combina el *workfare* restrictivo (obligación de aceptar cualquier empleo o actividad más allá de la paga y las condiciones laborales) con el *prisonfare* expansivo para explicar el giro político punitivo adoptado por Estados Unidos y otras sociedades avanzadas que siguen su liderazgo por el camino de la desregulación económica y la reducción de la asistencia desde las décadas finales del siglo XX. De hecho, afirma Wacquant, la política del *workfare* no apunta a reducir la pobreza sino a disminuir la visibilidad de los pobres en el paisaje cívico y exagerar el imperativo del trabajo remunerado, lanzando una advertencia a todos los norteamericanos: “hay un destino peor, un estatus más bajo, que el trabajo duro y mal pagado” (Ídem: 101).

La atención obsesiva por el delito, respaldada por un supuesto sentido común tanto general como académico, ha ocultado de la vista las nuevas políticas y estrategias hacia la pobreza que configuran el elemento central para forjar el Estado neoliberal. De hecho, explica Wacquant, históricamente en Estados Unidos más que de Estado de bienestar se debería hablar de Estado caritativo, ya que los programas destinados a los más vulnerables siempre han sido limitados y aislados, debido a la concepción moralista de la pobreza “como un producto de las debilidades individuales de los pobres”. La acción pública no se rige por un principio de solidaridad sino de compasión, y su finalidad no es fortalecer los lazos sociales sino reducir las desigualdades, “pero sólo para aliviar las penurias más flagrantes” (Ídem: 80).

El autor demuestra hasta qué punto los beneficios que dispensa el Estado quedan, con cada vez mayor frecuencia, en manos de los ya privilegiados, a través de la fiscalización del apoyo público; y en cambio su vocación disciplinaria y punitiva se refuerza y mantiene con las clases populares. Wacquant coincide con Owen Jones al afirmar que

---

<sup>9</sup> En España, los que nacimos en los setenta podemos atestiguar personalmente la exagerada expansión del brazo penal al que hace referencia Wacquant si reflexionamos acerca del gran número de nosotros que hemos acabado ejerciendo labores dentro de ese ámbito. En las últimas décadas, las oportunidades ofrecidas desde la administración para trabajar como guardia urbano, *mosso d’esquadra*, guardia civil, funcionario de prisiones, jurista, criminólogo, auxiliar judicial, tramitador procesal, o como profesional de todo tipo en centros de aislamiento (educadores y trabajadores sociales, psicólogos, monitores, maestros, médicos, enfermeras, personal laboral, etc.); han sido tan numerosas que difícilmente soportan comparación en otro campo. Por no hablar de la gran cantidad de demanda en el ámbito de la seguridad privada, traducida en millares de puestos de trabajo como vigilantes de seguridad, instaladores de alarmas, peritos, corredores de seguros, etc.

en el imaginario popular se ha asentado la creencia, aunque no se corresponda con la realidad, que los que se benefician de la asistencia social son principalmente “minorías urbanas y mujeres disolutas que viven del Estado como parásitos sociales” (Ídem: 85). Esa creencia facilitó, en agosto de 1996, la “reforma” asistencial aprobada por el Congreso de EEUU y convertida en ley por Bill Clinton, que supuso una gran conmoción internacional, dado que se basaba en un conjunto de medidas elaboradas por la franja reaccionaria del Partido Republicano “que echaban por tierra algunos de los avances sociales más preciados del *New Deal* y la Guerra contra la pobreza de los años sesenta”. La decisión fue muy criticada e incluso produjo renuncias de altos funcionarios del Departamento de Salud y Servicios Humanos, que denunciaron que la ley provocaría “mayores penurias para los norteamericanos más desfavorecidos, y especialmente para sus hijos”. Organizaciones religiosas, sindicatos, políticos liberales, académicos y activistas de los derechos a la asistencia la condenaron unánimemente. Un senador de centro la denunció como receta segura para “aumentar la pobreza y la indigencia” (Ídem: 130). Cabe destacar las palabras de Hugh Price, de la *Urban League*, organización dedicada a la defensa de la población negra y conocida por su moderación: “Esta ley es una abominación para las madres y los niños más vulnerables de Estados Unidos. Parece que el Congreso se ha cansado de impulsar la guerra contra la pobreza y ha decidido, en cambio, librar una guerra contra los pobres” (Ídem: 131).

Wacquant expone cómo la llamada reforma no fue sino “una medida contrarrevolucionaria” que abolió el derecho a la asistencia para los niños más pobres del país reemplazándolo por la obligación al trabajo no cualificado y mal remunerado para sus madres y afectó a las ayudas destinadas a las familias desposeídas, los discapacitados y los indigentes mientras se conservaban los programas en favor de la clase media y alta.

“Bajo la cubierta de una “reforma” destinada a beneficiar a los pobres, la Personal Responsibility and Work Opportunity Reconciliation Act (PRWORA, Ley de reconciliación de la responsabilidad personal y las oportunidades de trabajo) de 1996 instituyó uno de los programas sociales más regresivos promulgados por un gobierno democrático en el siglo XX. Su ejecución confirmó y aceleró el reemplazo paulatino de un Estado protector de (semi)bienestar por un Estado disciplinario que aúna el aguijón del trabajo obligatorio con el sordo martillo de la cárcel y cuya política social para con los indigentes es el control riguroso y la contención punitiva de las categorías más desfavorecidas. (...) Esa última transformación de la asistencia en Estados Unidos tiende a tratar a los pobres dependientes como una población problemática que debe ser sometida y corregida a través de estrictos controles de su conducta y de sanciones paternalistas, es decir, promoviendo la convergencia de los programas con la política penal” (Ídem: 133).

Pero resulta ilustrativo ver cómo esta nueva ley no hablaba de la “escasez de empleos, los salarios de la *subpobreza*, la inestabilidad del trabajo y la falta de protección y de apoyos auxiliares para el transporte, en la parte más baja del mercado laboral” (Ídem: 141). Tampoco abordaba la ley las causas económicas de la pobreza: el estancamiento



de los ingresos en los hogares, la caída sostenida del salario mínimo durante dos décadas, la erosión de la cobertura social y médica para los trabajadores no cualificados, los índices de desempleo altísimos en las zonas pobres, o las reticencias “de los empleadores a contratar a habitantes de los guetos” (Ídem: 143).

En definitiva, *“Castigar a los pobres”* sostiene, con una abundancia abrumadora de datos, cómo en E.E.U.U. la miseria de los programas asistenciales y el esplendor de las cárceles en el cambio de siglo son las dos caras de la misma moneda, una de ellas muy tacaña y la otra muy “generosa”, que se traduce en una inflación espectacular de la población carcelaria.

Debemos destacar que la penalización de la pobreza se enmarca en una serie de cambios a nivel institucional que no son exclusivos de los partidos neoconservadores sino que, aunque estos últimos “inventaron la fórmula”, también los partidos supuestamente progresistas la han aplicado y precisado, siendo bajo el mandato de Bill Clinton cuando se produjo el mayor número de encarcelamientos y de aumento del presupuesto y personal invertido en toda la historia de los Estados Unidos. En Europa, sigue mostrando Wacquant, no fueron tampoco los conservadores sino los partidos teóricamente de izquierdas como los de Blair en Inglaterra, Schröder en Alemania, Jospin en Francia, d’Alema en Italia y González en España, los que negociaron el giro hacia una penalización proactiva, lo que se debe a que la primera causa del giro punitivo es el “neoliberalismo, un proyecto al que se pueden adherir indistintamente los políticos de derecha y los de izquierda”.

Las represalias contra los miembros de las clases más bajas, percibidos como inmerecedores, desviados o irrecuperables, vienen impulsadas por “la inseguridad social específica generada por la fragmentación del trabajo asalariado, el endurecimiento de las divisiones de clase y la erosión de la jerarquía etnoracial establecida que garantizan un monopolio efectivo sobre el honor colectivo de los blancos de Estados Unidos (y de los nacionales de la Unión Europea)”. Wacquant hace hincapié en lo que es precisamente objeto del presente trabajo: el carácter selectivo de la acción punitiva del nuevo Estado neoliberal,

“que opera para dividir poblaciones y diferenciar categorías según concepciones establecidas de valor moral. A comienzos del siglo XXI, el (sub)proletariado urbano de Estados Unidos vive en una sociedad punitiva, pero sin duda sus clases media y alta no forman parte de ésta. De igual manera, los esfuerzos por importar y adaptar los eslóganes y métodos de mantenimiento del orden al estilo de Estados Unidos, como la política de tolerancia cero, el cumplimiento mínimo de la sentencia o los campamentos de entrenamiento para jóvenes, en Europa esos métodos han afectado a los infractores de clase baja e inmigrantes relegados en los barrios desfavorecidos, en medio del pánico por la “guetización” que se ha producido en todo el continente en la última década.” (Ídem: 419).

## De buenos y malos: el renacimiento de la cárcel.

El papel de las cárceles es ahora central. Ya no son vistas como un lugar de paso donde se intenta reinsertar al individuo en la sociedad una vez “rehabilitado”, “reformado” y apto para volver a intentar subsistir en el exterior, sino que se perciben como un mecanismo de control, de exclusión, de rechazo de elementos peligrosos. Al fin y al cabo lo que antaño significaba un imprescindible apoyo para el reingreso de un presidiario a la sociedad, esto es, trabajo, bienestar social y familia, han sufrido tal deterioro que han dejado de representar una esperanza (Bauman, 2005). La cárcel se convierte en el último reducto en un país como el nuestro, que prohíbe la pena de muerte a pesar de los muchos que la añoran.

En España, por ejemplo, a pesar de las cada vez más bajas tasas de criminalidad (por debajo de la media europea), las reformas del código penal endurecen el sistema punitivo y hacen que el país presente una de las tasas más altas de estancia en prisión. Aunque en los últimos años se observa una tendencia a la baja, la población penitenciaria se ha multiplicado por ocho en los últimos 40 años, no por un aumento de la criminalidad, sino por un incremento en la duración de las penas. Los datos demuestran que los mitos existentes alrededor de este tema (“en España se cometen muchos delitos”, “el sistema penal es blando”, etc.) son contundentemente falsos y esconden una triste realidad que va precisamente en sentido contrario.<sup>10</sup>

Wacquant, en su amplio análisis del Estado penal estadounidense (espejo del resto de Estados “desarrollados”), también desmonta con datos judiciales la falsa creencia pública respecto a que los delincuentes sexuales son tratados con indulgencia por los tribunales. Las estadísticas muestran que mientras la incidencia de delitos sexuales disminuyó, el número de presos condenados por agresiones sexuales aumentó en un promedio del 15% por año entre 1980 y 1995, así como fue incrementado el tiempo de condena. La campaña del “depredador sexual” es, en gran medida y según Wacquant, “el resultado del activismo de los medios de comunicación y los políticos”. La cobertura sensacionalista de los *mass media* se combina “con el aumento de la explotación electoral de la violencia criminal para inflar la cuestión en el escenario público más allá de toda proporción” (2010: 305).

Uno de los autores al que hemos acudido con más asiduidad durante el transcurso del Grado en Educación Social ha sido Michel Foucault y su influyente “*Vigilar y castigar*”,

---

<sup>10</sup> Estos artículos de periódicos en formato digital tratan los mitos en torno a la penalidad en España: <http://www.elmundo.es/sociedad/2016/04/21/5718be2722601d71268b4638.html>, y <http://www.lamarea.com/2016/04/21/espana-presos-tasa-de-criminalidad/> [fecha de consulta: 15/10/2016]

el gran trabajo sobre el papel de la prisión en la modernidad capitalista. Wacquant apunta que coincide con Foucault en que “la penalidad es una fuerza versátil y eminentemente fértil a la que se debe dar un lugar de privilegio en el estudio del poder contemporáneo”, pero destaca que hoy en día, ante la era del capitalismo desregulado, la cárcel no se ha retirado de la escena histórica y ha perdido su razón de ser sino que (al contrario de lo que predijera Foucault) el confinamiento penal ha mostrado una reaparición sorprendente: “En vez del *dressage* (encauzamiento) destinado a moldear “cuerpos dóciles y productivos”, como postuló Foucault, la prisión contemporánea apunta a la neutralización bruta, al castigo maquinal y al simple almacenamiento por defecto, si no deliberado.” Se puede argumentar que ha vuelto el confinamiento arbitrario, masivo, mal integrado de la era clásica (siglos XVII y XVIII). Por otro lado, explica Wacquant, la “redistribución de la economía del castigo” que según Foucault llevaría a su desaparición de la visión pública, ha conllevado, al contrario, a su “reubicación institucional, su elaboración simbólica y su proliferación social más allá de lo que cabía prever” en tiempos del “*Vigilar y castigar*”.

Efectivamente, volviendo al concepto de violencia simbólica, en las últimas décadas se ha utilizado mediáticamente el universo de la delincuencia y el mantenimiento del orden en un raudal inagotable de films, series y programas de televisión,

“(…) otorgando un lugar privilegiado a las operaciones policiales en los distritos con bajos ingresos y los enfrentamientos en el tribunal relacionados con acusados conocidos. La *Place de Grève*, donde el regicida *Damiens* fue célebremente descuartizado, no ha sido suplantada por el Panóptico, sino por los tribunales de justicia televisados y la profusión de *reality-shows* sobre el crimen y el castigo que han inundado la televisión”. (Ídem: 420).

En este sentido, más allá de Estados Unidos, Wacquant cita *realitys* y series que abundan en los horarios de máxima audiencia en los canales de televisión de Alemania, Gran Bretaña, Francia, etc.; y explica hasta qué punto el imaginario de la ley y el orden norteamericano se ha vuelto global a través del indudable éxito de series como *CSI*, *Miami Vice*, *Ley y Orden*, *Prison Break*, etc.

Podríamos añadir la conquista del imaginario colectivo del modo de vida y valores estadounidenses que, mediante el descomunal dominio a nivel internacional del mundo audiovisual y el entretenimiento, hace que nos identifiquemos con los protagonistas de las narraciones anglosajonas, usualmente pertenecientes a la clase media alta, de raza blanca, residentes en pulcras y lujosas urbanizaciones, triunfadores en sus proyectos y empresas. Los ejemplos son incontables<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Siguen este patrón la mayoría de series de más éxito en los últimos años como *True Detective*, *Fargo*, *Mujeres Desesperadas*, *American Horror History*, *Stranger Things*, *Breaking Bad*, *Dexter*, *The Killing*, etc. Pensemos en la filmografía de Woody Allen, siempre protagonizada por miembros cultos y sofisticados de la clase media y alta en neurosis permanente, o en los incontables films interpretados por los actores y actrices de moda. El fenómeno merecería por sí solo un trabajo aparte. La cuestión es que en la gran

En estos relatos suele ser habitual que los “buenos” sean muy “buenos” y los “malos” sean muy “malos”, sin grises, sin perfiles contradictorios, sin entrar a valorar razones condicionantes. La figura del “malo”, del delincuente, suele estar asociada a hombres intrínsecamente crueles, prácticamente inhumanos, por lo cual la posibilidad de rehabilitación ni siquiera se plantea. Por otro lado, el mismo “cuento” que narra el éxito de individuos supuestamente “hechos a sí mismos”, que gracias a su inteligencia, su fuerza, sus aptitudes y su dedicación al trabajo, conducen lujosos coches y acaban siempre con la más bella del lugar; arrincona y deslegitima, por eliminación, al débil, al pobre, al diferente, al incapaz.

Son escasísimas las ocasiones en que los papeles protagonistas de una película recaen en integrantes de las clases bajas y, en todo caso, cuando es así, suelen ser historias de superación personal, biografías excepcionales (por lo poco usual) y nada representativas, basadas en un supuesto mérito y merecimiento personal, como en la citada “*En busca de la felicidad*”, que otorgan una pátina de justicia y admisibilidad al *statu quo*, en lugar de centrarse en enfocar las razones sociohistóricas que en cada contexto originan la desigualdad y la injusticia social<sup>12</sup>.

En cambio, mucho más representativa es la reciente obra de Ken Loach, el director británico que supone toda una *rara avis* en el panorama cinematográfico anglosajón. Su última película: “Yo, Daniel Blake” refleja el deterioro del Estado Social británico y las trabas burocráticas que encuentran los ciudadanos para poder recibir unos mínimos recursos que legal e históricamente les han pertenecido.

Para Ken Loach, que cuenta ya 80 años y ha recibido en 2016 la Palma de Oro en el festival de Cannes por su reciente obra, “todo el cine es político. Incluso esas películas de superhéroes son increíblemente políticas: defienden la idea de Estados Unidos como una nación heroica, y defienden la jerarquía social dominante”. El veterano director británico da testimonio del gran cambio producido en su país por lo que respecta a la fraternidad y la cohesión social:

“(…) Después de 1945 en casi toda Europa se extendió un sentido de deber y solidaridad. Mi país en concreto había sido devastado por las bombas, y la gente entendía que la unidad era vital para combatir el fascismo. Pero en 1980 llegó Margaret Thatcher y dijo que hay que cuidar de uno mismo e ignorar al vecino; que la competición es más importante que la colaboración. Y

---

mayoría de estas ficciones contemporáneas se difunden los valores del nuevo hombre posmoderno neoliberal que hemos ido apuntando.

<sup>12</sup> Como escribe un crítico de cine (a propósito de lo que él llama “*buenismo* de piruleta” del exitoso film francés de 2011 “*Intocable*”), hacer énfasis en la excepción es sólo un modo de evadir el problema, “la ilusión de la armonía entre clases se sustenta en alguien pintando una sonrisa sobre el descontento del otro”. Consultable en: <http://revistacactus.com/petalo-carmesi-flor-blanca-una-rara-avis-de-la-bbc/> [fecha de consulta: 4/12/2016]

destruyó el estado del Bienestar, forzando con ello a millones de ciudadanos a vivir en la pobreza. Y desde entonces la idea de bien común se ha ido destruyendo gradualmente”<sup>13</sup>.

## **De ricos y pobres.**

En el siglo XXI, el nuevo concepto de Estado neoliberal, tal y como apunta Wacquant (2010), es todo un proyecto político transnacional orientado a reconstruir, desde arriba, el nexo del mercado, de los Estados y de la ciudadanía, conducido por una nueva clase dirigente global compuesta por directores y ejecutivos de empresas transnacionales, políticos de alto rango, administradores estatales y funcionarios de alto nivel de organizaciones internacionales como la OCDE, la OMC, el FMI, el Banco Mundial y la Unión Europea; pero también expertos técnicos y culturales a su disposición como economistas, abogados y profesionales de la comunicación con formación y pensamiento similar en diferentes países. Todo ello conlleva una marcada desregulación económica que promueve el mercado como dispositivo óptimo incluso para la provisión privada de bienes públicos básicos (con desconsideración deliberada de las cuestiones de distribución de justicia e igualdad); una descentralización, retracción y recomposición del Estado de bienestar para facilitar la expansión y someter a las personas reticentes a la disciplina del trabajo desocializado; el mantra de la “responsabilidad individual” del que ya hemos hablado; y

(...)“un aparato penal expansivo, intrusivo y proactivo que penetra en las regiones más bajas del espacio social y el físico para contener los desórdenes y la confusión generados por la difusión de la inseguridad social y la profundización de la desigualdad, para desplegar la supervisión disciplinaria sobre las fracciones precarias del proletariado postindustrial y para reafirmar la autoridad de Leviatán [Estado neoliberal] con objeto de reforzar la legitimidad que están perdiendo los funcionarios elegidos” (Wacquant, 2010: 431).

El sociólogo francés insiste en el contraste del lado “suave” que el Estado muestra a las clases altas, con el lado “duro” que en forma de control autoritario se muestra a la clase baja y muestra cómo los principales objetivos de la criminalización en nuestra era están siendo las fracciones más precarias del proletariado concentradas en los barrios más desfavorecidos de las grandes ciudades. Acudiendo a datos y estadísticas, Wacquant expone cómo unos 14 millones de personas pasan las puertas de la cárcel en algún momento del año y que, lo más importante, pertenecen esencialmente a las “fracciones más marginalizadas de la clase trabajadora” y especialmente a “las familias subproletarias de color de las ciudades segregadas y arrasadas por la transformación conjunta del trabajo y la protección social”. Así el encarcelamiento sirve, ante todo, “para perpetuar la pobreza y almacenar a los deshechos humanos del mercado” (2010: 114).

---

<sup>13</sup> Declaraciones realizadas por Ken Loach en una entrevista publicada en El Periódico de Catalunya el 23/10/2016.

Al analizar con detalle los resultados del gran experimento norteamericano consistente en la creación de lo que Wacquant llama “la primera sociedad de la inseguridad avanzada”, prueba cómo “el Estado penal invasivo, expansivo y caro no es una desviación del neoliberalismo sino uno de sus ingredientes”, cuestionando con ello la obra en esta materia de otros importantes autores, como Anthony Giddens o David Harvey, y todo el nuevo campo político llamado “tercera vía”, que ha omitido vergonzosamente “el endurecimiento judicial y el boom carcelario que en todas partes han acompañado al tipo de desregulación y descentralización asistencial que promueve”. La conclusión final del colosal trabajo de Wacquant es que

“la penalización de la pobreza divide a las personas según la línea de clases, cercena la confianza cívica en la parte más baja y acrecienta la degradación de los postulados republicanos. El establecimiento del nuevo gobierno de la inseguridad social revela, in fine, que el neoliberalismo corroe, de forma constitutiva, a la democracia”. (Ídem: 438).

Como hemos ido analizando resiguiendo la obra de diversos autores, los “residuos humanos” producidos por el neoliberalismo, se multiplican debido a un deliberado deterioro de las condiciones laborales y sociales urdido por determinadas instituciones; y a continuación, para dejar claro quién está al mando, estas personas son castigadas tanto física como simbólicamente por las diferentes estructuras punitivas del Estado, los sesgados medios de comunicación y, lo más triste y desesperante, por la “sabiduría popular”, los “clicks” de Facebook y la escala de valores de muchos ciudadanos “normales”.

### **Ciudadanismo banal.**

El nuevo hombre neoliberal es cosmopolita, competitivo, emprendedor, acude con regularidad al gimnasio, toma café en cápsulas, es adicto a series de ficción americanas y juega a la *Play Station*. Tras el debilitamiento de los sindicatos y el desprestigio de los partidos políticos, el compromiso social del hombre neoliberal se limita escasamente a votar cada cuatro años (si no está haciendo turismo) y a colaborar con el Banco de Alimentos y “*La Marató*” de TV3, actos que le permiten sentirse legitimado el resto del año para “lavarse las manos” ante las desigualdades sociales y para reclamar “tolerancia cero” y “mano dura” contra la delincuencia común. Al fin y al cabo, como explica Manuel Delgado (2016) citando a Gilles Deleuze, la modernidad ha sabido “engendrar un nuevo conformismo y nuevas sumisiones”. La figura “presuntuosa” del cosmopolita que define este antropólogo se caracteriza porque “sabe comportarse”, conoce y maneja “las normas de comportamiento pertinentes, racionales y defendibles, todas ellas adecuadas a principios fundamentales que no en vano solemos llamar urbanidad o civismo”. Este cosmopolitismo, denuncia Delgado, permite a la llamada clase media “reconocerse y ser reconocida allá donde se encuentre, un club de élite cuya pertenencia les permite, vayan donde vayan, sentirse siempre superiores

a los demás” (2016: 91). El ciudadano moderno de la nueva sociedad capitalista forma parte de

“una esfera pública burguesa ya mundial. Lo que ocurre es que para un número inmenso de personas ese galardón no sirve de nada cuando su género, edad, color de piel, capacidad física, orientación sexual, clase social, religión, vestimenta o simplemente su incapacidad para manejar modales de clase media..., los inhabilita para una vida social plena y han de pasarse el tiempo dando explicaciones sobre la desviación, el exceso o la carencia que se les atribuye. Todo ello por no hablar de esos millones de inmigrantes y refugiados a los que se les escamotea ya no el derecho a ser ciudadanos, sino el de ser reconocidos como seres humanos” (Ídem: 92).

La criminalización de la pobreza da como resultado que una gran cantidad de personas sean percibidas por muchas otras como ciudadanos de segunda, como seres humanos subalternos que, por esa razón, no deberían ser merecedores de los mismos derechos ni coberturas públicas que los “buenos ciudadanos”.

Resulta terroríficamente ilustrativa una anécdota relatada por Wacquant en su contribución al estudio de *La miseria del mundo*. En los años 80, el abandono de las instituciones públicas en determinados guetos de las grandes ciudades norteamericanas era de tal calibre que la tasa de mortalidad infantil superaba la de muchos países del tercer mundo y los asesinatos en ciudades como Los Ángeles, Washington, Detroit o Nueva York se contaban por millares al año. La situación era tan escandalosa que, tras una visita en 1982, “la madre Teresa de Calcuta asignó dos hermanas de su Misión de la Caridad (...) a fin de abrir un refugio para mujeres y niños sin techo, una guardería y un comedor de beneficencia”. El sociólogo señalaba entonces, en 1993 (año de la edición francesa original), que Francia (y por extensión, Europa) no era Estados Unidos, pero advertía que la evolución de las desigualdades urbanas en aquellos últimos años establecían las condiciones precisas para un acercamiento y avisaba que,

“si en su miopía tecnocrática y su fijación fascinada en el rendimiento financiero a corto plazo las élites dirigentes (...) persistieran en la política neoliberal de reducción del sector público y “mercantilización” rampante de las relaciones sociales que hicieron propia desde mediados de los años setenta, no debería excluirse lo peor: la utopía negativa, lejana y pavorosa, podría convertirse en realidad” (Wacquant, 1999: 132).

En la actualidad, casi 25 años después de la “profecía” de Wacquant, las élites europeas están persistiendo concienzudamente en esas políticas neoliberales que tienen en la criminalización de la pobreza (y su proliferación) uno de sus vectores de funcionamiento. De hecho, el éxito de esas políticas es tal que, aún tras provocar la peor crisis económica desde el crack del 29, siguen siendo hegemónicas, se siguen aplicando sin solución de continuidad y han devenido, en el imaginario colectivo, el estado de cosas normal, “de sentido común”.

## **Mundos paralelos.**

A nivel mundial, existen cada vez más sociedades donde la división entre ricos y pobres es cada día más profunda. Tanto es así que de hecho viven en mundos distintos, paralelos. Como dice Stiglitz, se trata de sociedades donde “los ricos viven en urbanizaciones cerradas, envían a sus hijos a colegios caros y tienen acceso a una atención sanitaria de primera calidad”. Al mismo tiempo, el resto de personas viven en un mundo marcado por la inseguridad, una educación mediocre y “una atención sanitaria racionada a todos los efectos, donde la gente espera y reza por no ponerse gravemente enferma” y donde hay “millones de jóvenes alienados y sin esperanza”. Los economistas la llaman economía dual: “dos sociedades que viven una al lado de la otra, pero que apenas se conocen”, apenas imaginan la vida del otro lado (2012: 317).

Efectivamente, en plena “modernidad líquida”, la observación de la realidad nos enseña que muchos ya han naufragado. En Europa, respecto de los años setenta, el panorama ha cambiado radicalmente: la incertidumbre y la ansiedad están cada día más generalizadas porque el Estado ya no quiere o ya no puede garantizar nada que no sea el pago de las deudas a sus principales acreedores, vía cambio exprés constitucional. Al contrario, los discursos políticos y las sucesivas reformas, presagian un futuro todavía más sombrío, precario y desestabilizador. Es normal escuchar vergonzosas peroratas que apelan a una mayor “flexibilidad laboral” y a una necesidad de ser “emprendedores”, así como es ya natural la constante presión en cuanto a una formación laboral y académica continua y exigente cada vez más cara y elitista, que se convierte en inalcanzable para muchos. No es extraño que cada vez más personas se vean apeadas del tren de la era posmoderna neoliberal. Al contrario, lo normal va empezar a ser quedarse fuera. El número de hogares que caen bajo el umbral de la pobreza es cada vez mayor. La ola de desahucios ha aumentado dramáticamente el número de familias sin hogar. En nuestras ciudades de aire contaminado irrespirable, la imagen de personas que buscan en los contenedores de basura ya es habitual y no escandaliza a nadie. La tasa de suicidios se dispara. El Mediterráneo se ha convertido en una fosa común...

Son datos objetivos. Hoy día parece que, como sociedad global, avanzamos hacia el umbral de la distopía. ¿Hasta cuándo?

## **A modo de conclusión.**

Si hay un género de ficción que sobresale por encima de los demás en este inicio de siglo, ese es el género zombi. Novelas, cómics, películas y series televisivas han tratado el fenómeno de los muertos vivientes con profusión. Los zombis son muertos andantes, sin alma, de aspecto horrendo, en estado de putrefacción. Los protagonistas



de estas narraciones son supervivientes que viven aterrados intentando evitar la mordedura del ser no-humano que les condenaría a un vagar errante y sin voluntad. Quizá no es casualidad el éxito comercial de este tipo de relatos teniendo en cuenta la coyuntura actual. A fin de cuentas, cada época y su cultura han creado sus propias fobias y sus fantasmas característicos. Podríamos considerar al fenómeno zombi todo un reflejo paranoico de los miedos y angustias de la sociedad contemporánea. Así pues, parece inevitable establecer una cruel analogía entre las hordas de zombis y la cantidad de residuos humanos que nuestro tiempo va generando sin cesar. Como mínimo, desde la perspectiva de las clases más altas (las que, como dijimos, imponen su visión del mundo a través de la producción simbólica) parece plausible la comparación.

Muchos de los “buenos ciudadanos”, por su parte, debido a la precarización de las condiciones laborales y la continua disminución de poder adquisitivo, viven con el íntimo y continuo temor de ser contagiados con el “virus” de la pobreza y, por lo tanto, rechazan a aquellos que, eventualmente, pudieran transmitirlo. Al fin y al cabo, se trata de un “virus” de difícil curación que impide llevar una vida “normal”, la vida estándar y convencional que discurre entre lugar de trabajo, centros comerciales, actividades lúdicas y esparcimientos de fin de semana.

Lo que el presente trabajo ha intentado exponer, en cambio, es que la pobreza no es una especie de virus letal que se transmite a seres poco preparados para defenderse (aunque los niños la hereden de sus progenitores), sino una construcción social cuyas causas y fundamentos están relacionados con sistemas políticos, decisiones administrativas, determinadas leyes promulgadas por instituciones concretas, etc. En definitiva, la pobreza, y la criminalización de la misma que la justifica, no se pueden explicar sin tener en cuenta las relaciones de poder que operan en cada contexto, independientemente de argumentos de tipo genético, racial o aptitudinal que hagan referencia a las capacidades y supuestas limitaciones de cada individuo.

Tras la crisis de 2008, las desigualdades sociales y la pobreza se han ampliado. En enero de 2016 Oxfam publica un informe en el que denuncia que la desigualdad extrema en el mundo está alcanzando cotas insoportables: el 1% más rico de la población mundial posee más riqueza que el 99% restante de las personas del planeta. Según este informe, “el poder y los privilegios se están utilizando para manipular el sistema económico y así ampliar la brecha, dejando sin esperanza a cientos de millones de personas pobres. El entramado mundial de paraísos fiscales permite que una minoría privilegiada oculte en ellos 7,6 billones de dólares. Para combatir con éxito la pobreza, es ineludible hacer frente a la crisis de desigualdad”. La desigualdad en el mundo ha alcanzado unos niveles sin precedentes y nos perjudica a todos, ya que debilita el crecimiento y la cohesión social, pero es la población más pobre la que sufre sus peores consecuencias.

España se ha convertido en uno de los países más desiguales de la Unión Europea. Los altos índices de desempleo y la precariedad laboral (intensificada por las reformas laborales impuestas por los sucesivos gobiernos) son una realidad incontestable, pero parecen ya datos asumidos por la población como normales. La sensación general es que casi todos estamos en precario y que la “residualidad” nos puede afectar en cualquier momento, y pasaremos a engrosar las filas de la “población excedente”. Los medios de comunicación nos recuerdan periódicamente que muchas familias se encuentran al límite o han caído ya en el pozo de lo que se considera pobreza aun cuando alguno de sus integrantes tengan una ocupación laboral.

Aun así, muchos siguen creyendo que los que lo están pasando peor son los que siempre ocuparon el último escalafón por su propia responsabilidad, por razones connaturales a ellos mismos: los más pobres, los residentes en barrios marginales, los inmigrantes, etc. En cierto capítulo de *Los Simpson*, una de las hermanas solteras de Marge está a punto de casarse con un hombre que aparenta ser un buen partido y la hará muy feliz. En cambio, tomando unas copas la noche antes de la boda, el novio confiesa a Homer que no está realmente enamorado y que se casa por conveniencia, por su imagen profesional. La escena siguiente nos sitúa en plena ceremonia, con el cura pronunciando las tradicionales palabras: “quién tenga algo que objetar, que hable ahora o calle para siempre”, la cámara se dirige entonces rápidamente a Homer, y el espectador espera que éste se levante y exponga la pertinente objeción. Sin embargo, la cámara realiza un primer plano de su frente, y oímos a Homer Simpson tararear para sí mismo: “*Tralará, lará, laráaa...*”, como si nada. Ante las desigualdades e injusticias sociales contemporáneas son muchos los que se desentienden, como si no fuera con ellos, hasta el día que les afectan de manera personal. Como explica Bauman, citando a Daniel Dorling:

“Al igual que aquellas personas cuyas familias poseían plantaciones con esclavos lo consideraban natural en los tiempos de la esclavitud, o como cuando se consideraba que estaba dentro del “orden natural de las cosas” que las mujeres no pudieran votar, otras grandes injusticias de nuestro tiempo son, para muchos, sencillamente parte del paisaje de la normalidad” (2014: 85).

Los trabajadores del campo social tienen más complicado “lavarse las manos” ante la pobreza y su criminalización ya que, a menudo, se encuentran en primera línea enfrentando sus consecuencias. Es necesario adoptar una posición ética y política que no rehuya las razones y las motivaciones que conforman el statu quo en cada lugar, en cada parcela del enfrentamiento laboral diario. Como dice Violeta Núñez (citada por Solé, 2016: 46), el educador social está obligado a tomar partido, a construir una posición que permita erigirse como alternativa a las lógicas dominantes que imponen las nuevas formas de gobernabilidad. Lamentablemente, a menudo observamos –tal y como apunta Solé– cómo el trabajo psicosocial y educativo se hace compatible con los imperativos de la gestión económica, constituyéndose una forma de *psicopoder* el

objetivo del cual es disciplinar a los sujetos de acuerdo con el régimen gubernamental del que forman parte. En un contexto donde se impone el discurso de la responsabilidad individual, los educadores sociales deben preguntarse por su responsabilidad hacia el otro (Ídem: 48-49).

Efectivamente, durante el estudio del presente Grado en Educación Social, diversos autores y docentes han ido advirtiendo de que los profesionales del ámbito social formamos parte, en cierto sentido, de la maquinaria que fomenta, controla y perpetúa el sistema de funcionamiento social actual, el estado de cosas que permite a unos pocos disfrutar de todas las comodidades y lujos que desean, y a otros muchos simplemente intentar, diariamente, sobrevivir.

La sospecha hacia el propio rol del educador se convierte, entonces, en ineludible. Bauman apela a estar preparados para “afrentar la enorme tarea que, nos guste o no, tenemos por delante, y que ha de marcar por completo nuestra vida: el deber de dotar de humanidad a la comunidad de los hombres”. El sociólogo y filósofo polaco evoca cómo, cuando era estudiante, su profesor de antropología le explicaba lo siguiente:

“Los antropólogos llegaron a fechar los albores de la sociedad humana gracias al descubrimiento de un esqueleto fósil, el esqueleto de una criatura humanoide inválida, con una pierna rota; pero se había roto la pierna siendo niño, y había muerto a la edad de treinta años. La conclusión del antropólogo era simple: allí había existido forzosamente una sociedad humana, porque esto no habría podido darse en un rebaño, donde una pierna rota termina con la vida del inválido, ya que no puede sustentarse por sí mismo”.

Y prosigue diciendo que:

“La sociedad humana es distinta de un rebaño de animales porque alguien puede sostenerte; es distinta porque es capaz de convivir con inválidos, hasta el punto de que históricamente podría decirse que la sociedad humana nació junto con la compasión y con el cuidado de los demás, cualidades sólo humanas. La preocupación de hoy en día se centra en este punto: trasladar esta compasión y esta atención a escala planetaria. Soy consciente de que las generaciones que nos han precedido se han enfrentado a esta tarea, pero ustedes deberán seguir por este camino, les guste o no, empezando por su casa, por su ciudad, ahora mismo. No alcanzo a pensar en nada que sea más importante que esto. Tenemos que empezar por aquí”. (Bauman, 2006: 61-75)

Efectivamente, parece una obviedad que sin la facultad de cuidarnos unos a otros, sin la íntima capacidad humana de sentir compasión ante los infortunios de los demás, ni siquiera existiría lo que hoy llamamos sociedad. En la actualidad, sin embargo, el creciente fenómeno que consiste en criminalizar y castigar a los que están peor, en un contexto socioeconómico con una desigualdad sin precedentes, es simplemente una injusticia que evidencia una profunda fractura en la cohesión social y augura un paulatino deterioro de la convivencia.

El educador social no puede ser ajeno a ello.

## Bibliografía

- AAVV. (2014). *Globalització i moviments migratoris*. Barcelona: FUOC.
- Bauman, Z. y Donskis, L. (2015). *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2006). *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia.
- Bauman, Z. (2014). *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (Dir.). (1999). *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- Bourdieu, P. (1999). *Razones prácticas, sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Castel, R. (et al.). (2001). *Desigualdad y globalización. Cinco conferencias*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Davis, M. (2007). *Planeta de ciudades miseria*. Madrid: Akal.
- Delgado, M. (2016). *Ciudadanismo*. Madrid: Catarata.
- Jones, O. (2012). *The Demonization Of The Working Class*. London: Verso.
- Sassen, S. (2003). *Contrageografías de la globalización. Género y ciudadanía en los circuitos transfronterizos*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Solé, J. i Fuentes, E. (coord.) (2011). *Educació per a l'acció crítica*. Barcelona: FUOC.
- Solé, J. (2016). *Crítica a la raó neoliberal, prendre una posició*. . A J. Solé (Coord.). *Educació per a l'acció crítica*. Barcelona: FUOC.
- Stiglitz, J. (2012). *El precio de la desigualdad*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres. El gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona: Gedisa.

## Webgrafia

Informe Oxfam: <https://www.oxfam.org/es/informes/una-economia-al-servicio-del-1> . Consultado el 04/01/2017.